

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 225

16 DE JUNIO DE 1878.

AÑO V.

## KANT Y LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

(Conclusion). \*

### II

Hemos hecho una exposicion completa de este tratado, que con razon es célebre. Es una tentativa ingeniosa y enérgica, digna de Kant, para encontrar un hilo metafísico, una concepcion *a priori*, que pueda guiarnos á través del laberinto de la historia, y permitirnos apereibir la unidad del plan que esta realiza. Hagamos notar, sin embargo, que, aunque la tentativa de Kant hubiese tenido éxito, quedaria aún por hallar una filosofía de la historia. El conocimiento del fin ó del objeto en vista del cual se hace una cosa, dá unidad á todos los demás conocimientos que tenemos de esa cosa; pero el nuestro no está necesariamente para esto generalizado ni concluido. Podemos saber para qué objeto se hace una máquina, sin comprender cómo se construye ni cómo funciona. Del mismo modo podemos conocer el objeto de la historia é ignorar cómo se producen los acontecimientos históricos...

La causa final particular que Kant asigna á la historia es la produccion de una constitucion política perfecta. Indudablemente, una constitucion así, un Estado bien ordenado en todas sus relaciones interiores y exteriores, seria una cosa magnífica; pero que en eso estribe el grande y supremo fin de la Providencia, puede discutirse razonablemente, y seria muy difícil de demostrar. Esto supone que una constitucion política es la cosa más preciosa que encierra la historia, la más digna de ser el último fin de la accion de la Providencia. No se podria probarlo, sino en el caso de que fuese verdad que toda la dignidad del hombre está subordinada á su cualidad de ciudadano; en otros términos, seria

preciso establecer que el principio distintivo del mundo moderno ó cristiano es falso, y que el del paganismo clásico es verdadero.

Tal doctrina se halla en contradiccion con la propia teoría de Kant, que hace del Estado, no un fin, sino un medio, una institucion destinada á realizar la justicia política, á poner en armonía las libertades de cada individuo con las de los demás.

Rosenkranz sostiene, sin embargo, que Kant se ha colocado en el verdadero punto de vista de la filosofía de la historia. "Si henchimos, dice, esta filosofía de cuanto contiene la historia, tomará inevitablemente dimensiones indefinidas, llegará á ser un fárrago *de omnibus y quibusdam aliis*. La nocion del Estado únicamente puede proporcionarle un fundamento sólido y hacer posible su desarrollo orgánico.

La religion, el arte, la ciencia, no pueden hallar puesto en la filosofía de la historia sino en cuanto se refieren á la libertad política, y no considerándose lo que son en sí y por sí mismas." Indudablemente se simplificaria singularmente el problema de la filosofía de la historia si se pudiera desatender la consideracion de todo lo que no es la historia política, ó subordinarlo todo, por lo ménos, á esta historia; pero no se tiene el derecho de simplificar un problema disminuyendo arbitrariamente la importancia de uno cualquiera de sus elementos esenciales. Si no hay otra historia que la historia política, en ese caso, solamente en él, deberá la filosofía de la historia preocuparse de ello exclusivamente. No tendrá, en rigor, nada que ver con la religion, el arte y la ciencia consideradas en sí mismas; pero tampoco tendrá más relacion con el Estado, considerado en sí; su único objeto será el desarrollo del hombre en una esfera especial de su actividad. Que la filosofía de la historia pueda llegar á probar que todos los medios del desarrollo humano dependen de la libertad política, nada tiene de extraño. Si puede hacerlo, que lo haga; pero, seguramente, no debe suponerlo sin prueba. En cuanto á nosotros, creemos que no se llegará á demostrar un

\* Véase el número 223, pág. 673.

teorema de esta naturaleza. La libertad, la libertad política es una "noble cosa," pero noble como medio, no como fin; únicamente, cuando se usa de ella para alcanzar ciertos fines, los mejores de los cuales, ó por lo ménos algunos, salen completamente de la esfera política, es cuando se puede llamar, como lo hacen Fichte y Hegel, la libertad racional. En esto se ve que el profesor Rosenkranz, lejos de poner en relieve un mérito del *Ensayo* de Kant no ha logrado más que hacer resaltar lo que en él hay de limitado y exclusivo, hasta qué punto, en una palabra, carece de las cualidades que distinguen eminentemente la concepción y la obra de Herder.

La doctrina sostenida por Kant relativamente á la sétima proposición de su *idea sobre una historia universal*, fué desarrollada por él diez años más tarde en un tratado especial titulado *Vom ewigen Frieden (De la Paz perpétua)*. Entonces no era nueva esta doctrina. Jorge Podiebrad, Rey de Bohemia, expuso ante Luis XI, Rey de Francia, en 1464, un plan "para la emancipación de los pueblos y de los Reyes por la organización de una nueva Europa;" proponía en él una coalición de las potencias secundarias, á la que no habrían podido resistir ni el Papa ni el Emperador, y que á la vez hubiera impedido toda tiranía y toda agresión. Enrique IV de Francia y su ministro Sully, á fines del siglo XVI, concibieron un proyecto semejante pero mucho más profundo: se trataba de formar una *república cristiana* de Estados independientes, en la que se hubieran hecho imposibles las guerras por una especie de consejo anfictiónico. En 1623, publicó *La Croix en Paris El nuevo Cineo; discurso de las ocasiones y medios de establecer una paz general y la libertad del comercio por todo el mundo*; se abogaba en él en favor del establecimiento de una dieta internacional permanente que sería investida de la facultad de dirimir todas las querellas entre las naciones. Leibnitz sostenía en 1670 que las naciones de Europa alcanzarían este fin cuando se constituyesen en confederación bajo la soberanía del Emperador de Alemania. En 1693, William Penn, en un *Ensayo sobre la paz presente y futura de la Europa*, intentó también probar que por el establecimiento de una dieta ó confederación podría Europa, si quisiera, librarse completamente de la guerra. Veinte años

después, la teoría de la paz universal y perpétua halló en el abad de Saint-Pierre uno de sus más entusiastas defensores. La primera obra suya sobre este asunto se publicó en 1712, y la última en 1736. Rousseau dió en 1761 una elocuente exposición de las opiniones del ingenioso abad. Goudard, en su libro *La Paz de Europa* (1757) y en su *Explorador divino* (1765), y Mayer en su *Cuadro político y literario de la Europa en 1775* (1777), propusieron, para asegurar y mantener la paz, planes de Congreso europeo, que son, en sustancia, los mismos del abad de Saint-Pierre.

En seguida vino la obra de Kant, y acaso no es inferior á ninguna de las de igual índole que se han publicado.

Kant no suponía más que lo que juzgaba debiera adoptarse pronto. Creía solamente que tal sueño, si merecía este nombre, era de los en que debe complacerse un hombre de bien; que se podía hallar en la observación de la naturaleza y en las tendencias esenciales de la historia motivos para esperar que la causa de la paz triunfara un día, y que se acabaría por establecer y hacer observar un sistema de jurisprudencia internacional que evitaría toda guerra. Vió claramente que el proyecto del abad de Saint-Pierre era vicioso, en lo de admitir que el Congreso propuesto sería la obra de los reyes y les garantizaría, no sólo contra las guerras exteriores, sino también contra las revoluciones interiores.

Kant observó muy bien que las naciones deben ser repúblicas (palabra que para él no es sinónima de democracia ni excluye la forma monárquica); que deben gobernarse ellas mismas y estar sometidas, no á la voluntad de un solo hombre ó de muchos, cualquiera que sea el número, sino á la autoridad de la ley; que esta es la primera condición para que formen entre sí un concierto con algunas probabilidades razonables de impedir la guerra.

Kant quería que cada Estado confederado quedase á cubierto, de modo que hubiera unión sin fusión.

Desde Kant, muchos han escrito en el mismo sentido y con igual objeto. Saint-Simon, Fourier, y tras de estos todos los socialistas y comunistas, han ofrecido sus planes para la abolición de la guerra. Hasta se han formado sociedades en América, en Inglaterra y en el con-

tinente para el establecimiento de una paz permanente y universal, cuyas sociedades han subvencionado periódicos como el *Mensajero de la Paz*, *Correo de la paz*, etc., para defender sus ideas, y han celebrado repetidas veces reuniones internacionales. En 1863 recomendó Napoleón III á los demás soberanos el proyecto de una Dieta europea, de un Congreso permanente de la paz para el arreglo de las cuestiones internacionales. La guerra franco-alemana, tan llena de horrores, tan preñada, á lo que parece, de males futuros, ha dado impulso y nueva vida á la idea de hallar un medio que dé alguna seguridad contra la repetición de tal calamidad.

Era de ver cuanto se habló de esta idea en los periódicos los primeros meses que siguieron á la guerra. Entre los que recientemente la han defendido, los que merecen más atención son tal vez el profesor Seeley, lord Amberley y M. de Laveleye.

No hay, pues, para qué tratar hoy de quimérico el proyecto de Kant. Muchos de los que ven pocas probabilidades para que se realice, mirarán con buenos ojos su defensa, juzgándola apropiado para inspirar un saludable horror á la guerra.

Nosotros no podemos decir que el plan de Kant, y en todos los análogos, encontramos otra cosa que buenas intenciones. El más radical sería el que exigiese de las naciones la renuncia de su prerrogativa de Estados independientes, y los trasformase en simples partes de un gran imperio ó de una confederación, los Estados-Unidos de Europa, para llegar más tarde á los Estados-Unidos del mundo. El argumento decisivo que se invoca en su favor, es el de que para hacer eficaces las decisiones de un Consejo ó de una autoridad cualquiera, y poner fin verdaderamente á las querellas entre pueblos, es preciso un poder ejecutivo que los sancione; esto implica necesariamente que la confederación sólo tiene una fuerza armada para hacerse obedecer; que no hay más que un poder soberano; que las naciones dejan de ser independientes y de gobernarse ellas mismas. Este argumento nos parece invencible en cuanto es puramente negativo. Así, mientras el carácter de las naciones no sea esencialmente diferente de lo que es hoy, será necesaria la entera absorción de su independencia en el seno de un poder soberano que abrace todos los demás, para garantir contra la repro-

ducción de la guerra. Pero concedido esto, se presentan dos fuertes objeciones que nos impiden conceder á tal proyecto alguna eficacia real, algún valor práctico. Por el pronto, la misma abdicación de las naciones corre mucho peligro de no producir el efecto que se espera. Supongamos que se realice; supongamos que todas las naciones estén tan profundamente convencidas de los males de la guerra, que consientan en sacrificar su independencia en provecho de un poder colectivo único: ¿cómo podrán prevenirse contra el peligro manifiesto de que semejante poder se haga tiránico hasta el punto de que sea preciso derribarlo? ¿No es verosímil que un gobierno universal sería, como Kant lo ha demostrado, muy mal gobierno, que tendría demasiado que hacer para llenar bien su misión, y que, por lo tanto, todo lo haría mal? Tendría que ignorar la condición y las necesidades de las vastas provincias de su imperio; sólo mostraría un tibio celo por el bienestar de ciertas porciones considerables de un pueblo; se hallaría necesariamente bajo una grande responsabilidad.

En su consecuencia, ¿no es probable, no es casi seguro que bajo tal gobierno, oscilaría el mundo entre la anarquía y el despotismo? ¿que con el carácter de sublevaciones, las guerras abundarían más que hoy? ¿que el ejército regular de el mundo tendría necesidad de ser más numeroso y el presupuesto militar más costoso que nunca? En segundo lugar, la paz saldría muy cara á este precio, que sería la vida, la independencia, la dignidad moral de las naciones, lo cual vale más de lo que la paz puede valer. Una paz fundada en el sacrificio de la nacionalidad de los pueblos, no es más que la paz del sepulcro.

No vemos, sin embargo, que hay grandes probabilidades de adquirir á mejor cuenta la paz perpétua. Congresos internacionales, ligas anfictionicas, nada de esto serviría, creemos sea fácil demostrarlo, sino para hacer más frecuentes las guerras en vez de disminuirlas, ó de instrumento á la ambición en vez de ser una garantía contra ella. Cuanto menos traten los pueblos de realizar tales planes, tanto mejor será para los débiles y honrados. La elección por las partes interesadas de árbitros encargados de juzgar las diferencias internacionales, ofrece un carácter muy distinto. Este medio puede en muchos casos ser razonable y útil; puede con frecuencia

salvar la paz cuando está amenazada; pero no tendrá nunca, ciertamente, la virtud de suprimir por completo la guerra, y, en algunas ocasiones, hasta puede motivarla en vez de prevenirla.

La guerra tiene su origen en las malas pasiones, de las que por ningún artificio exterior podremos vernos libres y á las que toda la prudencia del mundo no alcanza á reprimir eficazmente.

No cesará, pues, sino cuando la ley del deber se observe cumplidamente en la conducta de las naciones; lo cual no sucederá hasta el día en que la verdad redima á todos los hombres. Hasta entonces la tierra no verá las *repúblicas* de Kant ni la *paz perpétua* que entre ellas debe reinar.

ROBERTO FLINT.

## LA INSTRUCCION DE SORDO-MUDOS. \*

### VI

#### REGLAS DE PRONUNCIACION DE CONSONANTES.

En el artículo anterior hemos procurado establecer con la extension conveniente las reglas de pronunciaci6n de las vocales teniendo en cuenta la importancia que revisten como base fundamental de la expresi6n oral del pensamiento y considerando que si el sordo-mudo no llega á articularlas 6 las articula mal, jamás llegará á poseer el principal de los instrumentos por cuyo medio ha de entrar en comunicaci6n con sus semejantes y alternar con ellos en las diferentes esferas de la vida social.

Conocida la pronunciaci6n de las vocales, á la cual han de preceder forzosamente los ejercicios necesarios para que el sordo-mudo pase gradualmente de la simple *respiraci6n* á la producci6n del *aliento*, de éste al *soplo* que exige un esfuerzo mayor, y finalmente, del soplo á la *voz*, en virtud de otro mayor esfuerzo para su formaci6n en la laringe en el 6rden y por los medios oportunamente explicados, réstanos hablar de los cambios de posici6n y de las diferentes acciones que con los 6rganos del aparato de la fonaci6n es necesario ejecutar para producir los

\* Véanse los números 222, 233 y 224.

ruidos 6 *semi-sonidos* á que sirven de signo las consonantes.

En la exposici6n de los medios convenientes para que esos ruidos se produzcan, seguiremos el 6rden establecido entre las consonantes mismas al dividir las, como lo hicimos, en labiales, labi-dentales, lingu-dentales, lingu-palatinas, guturales y nasales, porque presentadas de esa manera, además de que las reglas de posici6n y de acci6n han de ser más fácilmente estudiadas y comprendidas, se abre el camino para establecer entre las diferentes letras de un grupo, como entre los diferentes grupos de letras, una s6rie no interrumpida de consecuencias y de aplicaciones prácticas en las cuales un maestro entendido y celoso no dejará de hallar medios que faciliten su trabajo y le ayuden á recorrer con menor esfuerzo la difícil, árida y escabrosa senda de la enseñaanza de la pronunciaci6n á los sordo-mudos, y aún los medios necesarios para corregir la viciosa de los que por descuido, por hábito, 6 por algun ligero defecto orgánico, no pronuncian bien, sin embargo de no carecer de ninguno de los sentidos.

#### *Consonantes labiales.*

##### **b. m. p.**

Uniendo los labios suavemente por su borde interior, ménos suavemente por el exterior y fuertemente en la línea media, se prepara la articulaci6n de las tres letras labiales en el 6rden con que las dejamos nombradas é hinchando algo presentamos, los carrillos, se dirige el aire emitido á los labios, los cuales que se despegan suave 6 fuertemente para producir la *b* y la *p*, mientras que para que resulte la *m*, hay que dirigir el aire hácia la nariz, por la cual sale en su mayor parte.

#### *Consonantes labi dentales.*

##### **v. w. f.**

Prepárase la articulaci6n de estas letras haciendo que el labio inferior se encorve hácia la boca y toque suave, ménos suave 6 fuertemente al corte de los dientes de la mandíbula superior, produciéndose aquellas con la emisi6n igualmente graduada, hecha por ambos lados de la boca, sin despegar los expresados 6rganos. La emisi6n para articular la *f* se hace por medio de un soplo.

*Consonantes linguo-dentales.***d. t. z. c.**

Con la boca entreabierta, y apoyando respectivamente la punta de la lengua con suavidad en la encía superior y con fuerza en los dientes del mismo lado ó en su corte, se prepara la articulacion de las tres primeras letras, produciéndose el ruido correspondiente á la *d* y á la *t*, si al emitir con fuerza el aire, se separa la lengua del punto en que se apoya con ligereza en el primer caso y violentamente como cuando se escupe en el segundo. Para que resulte el de la *z* y el de su igual la *c* suave, la lengua debe permanecer adherida al corte de los dientes hasta despues de hecha la emision.

Estas letras, así como las labiales y labi-dentales, se hacen perceptibles al tacto por la direccion é intensidad del aire emitido que se puede observar recibéndolo en el dorso ó en la palma de la mano.

*Consonantes linguo-palatinas.***l. ll.—s. ch.—r. rr.**

*L. Ll.* Arqueando la lengua y haciendo que su punta toque suavemente al paladar cerca de la encía superior ó con alguna fuerza y acercándose más á la garganta, se prepara la articulacion de la *l* y de la *ll*, y para producirlas no hay más que despegar la lengua al emitir el aire, cuidando de que al articular la *ll* salga por los costados de aquella.

*S. Ch.* Contraidos los labios y fuertemente adherido el inferior á la mandíbula del mismo lado, se dobla la lengua hasta que toque suavemente al paladar cerca de la encía superior para articular la *s* y un poco más hácia la garganta y con más fuerza para la *ch*; hecho lo cual se despega la lengua para dar paso al aire que deberá producir al emitirse un silbido en el primer caso y un chasquido en el segundo.

*R. Rr.* Para articular estas letras se retiran los labios hácia atrás, se entreabren los dientes y se acerca la punta de la lengua á la parte alta del paladar, en cuya disposicion se emite el aire con la fuerza necesaria para que en la lengua se produzcan vibraciones suaves y casi imperceptibles en el primer caso, pero muy fuertes y semejantes á las que imprime la rueda dentada de una carraca en su lengüeta en el segundo.

Las letras linguo-palatinas se hacen percep-

tibles, como todas, al tacto, emitiendo el aire en la palma ó en el dorso de la mano; pero la *r* y la *rr* se distinguen mejor aplicando los dedos á la garganta y á los carrillos, por cuyo medio se hacen sensibles las vibraciones de la lengua.

Tambien es conveniente advertir que la *r* suave se enseña, pronuncia y distingue con más facilidad articulándola modificativamente, ó por mejor decir es la única manera de enseñar su articulacion lo mismo á los sordo-mudos que á los de sentidos espeditos.

*Consonantes guturales.***k. c. q.—g. j.**

La articulacion de estas letras se prepara entreabriendo la boca, sacando algo los labios hácia fuera, encorvando la lengua en su parte media y dirigiéndola hácia el paladar para comprimir el aire en la faringe ó cámara posterior de la boca, y se articulan despidiéndolo con fuerza para producir la *k*, la *c* fuerte y la *q*, é imitando el gargarismo para la *g* suave y el gargajeo para la *g* fuerte y para la *j*. Estas letras se hacen perceptibles por los movimientos de la faringe y por la direccion é intensidad del aire circunstancias que han de apreciarse por el tacto.

*Consonantes nasales.***y. n. ñ.**

Con la boca ligeramente entreabierta y la lengua encorvada y pegada á las encías de la mandíbula superior ó al paladar para que las ondas sonoras se vean obligadas á salir por las fosas nasales, si no en todo, al ménos en su mayor parte, se prepara la articulacion de las letras nasales á que el abate Hervás da el nombre de narigales, y el ruido ó semi-sonido propio de cada una se producirá haciendo la emision suave, ménos suave ó fuertemente. El tacto puede apreciarlas y distinguirlas por la dilatacion igualmente graduada de las ternillas ó cartílagos de la nariz y por la columna de aire que al través del mismo órgano salga al exterior.

Explicadas ya con la brevedad que nos ha sido posible, pero sin que por eso aparezcan perjudicadas la exactitud ni la claridad de las reglas de posicion y de accion que han de ejecutarse por los órganos del aparato vocal para la articulacion de las letras del abecedario español, réstamos advertir que cada consonante articulada simultánea y sucesivamente con las

cinco vocales, produce cinco sonidos diferentes, cada uno de los cuales exige configuracion distinta en los expresados órganos, pues aunque la accion por razon de la consonante sea siempre la misma, la posicion ha de modificarse cambiando, si bien ligerísimamente y del interior al exterior, el punto de contacto de los órganos que en cada una intervienen siguiendo el órden académico de las vocales, ora se articulen preventiva, ora modificativamente. Así, por ejemplo, hemos dicho que la articulacion de la *p* se prepara uniendo fuertemente los labios en su línea media. Pues bien; esa es la posicion conveniente á la pronunciacion de la sílaba *pa*, pero aunque no varíe en su esencia ni en su forma, cambia sin embargo ligerísima y casi imperceptiblemente el punto de contacto de los labios adelantando hácia el exterior al producirse las sílabas *pe*, *pi*, *po*, *pu*, como variarán en el mismo órden el de adhesion éntre la lengua y la encía de la mandíbula superior al pronunciarse las sílabas *da*, *de*, *di*, *do*, *du*, y el de contacto de la misma lengua con el paladar en la articulacion de las sílabas *la*, *le*, *li*, *lo*, *lu*, y así sucesivamente.

Al llegar á este punto podríamos dar por terminado todo cuanto se relaciona con las reglas de preparacion y articulacion de los elementos del sonido excitando á los maestros á que mediten y reflexionen sobre ellas, convencidos como lo estamos de que su estudio y meditacion ha de sugerirles no pocos medios especiales, llamados industrias por el abate Hervás y procedimientos en lenguaje pedagógico, para guiar con acierto é inteligencia á los sordo-mudos en la escabrosa senda de la pronunciacion artificial.

Mas con todo y áun cuando no lo creamos absolutamente preciso, nos ha parecido conveniente advertir para mayor ilustracion de la materia, que no ha faltado ni falta quien subdivida las consonantes en explosivas, silbantes ó aspiradas y refluientes, subdivision curiosa que no deja de prestar alguna luz para facilitar el trabajo del maestro en la difícil enseñanza de que nos ocupamos.

Dase el nombre de *consonantes explosivas* á todas aquellas cuya articulacion exige una separacion rápida y á veces violenta de los órganos modificadores puestos en contacto para prepararla, hecho lo cual, las ondas sonoras se precipitan al exterior con la misma violencia y rapidez que determinó la separacion de aquellos.

Son *silbantes ó aspiradas* aquellas cuyas ondas sonoras se precipitan ó escapan al través de un espacio muy reducido ó por entre órganos pegados ó casi pegados el uno al otro, produciendo un ruido particular semejante á un silbido más ó ménos pronunciado y fuerte.

Finalmente, son *refluientes ó reflejas* aquellas cuyas ondas sonoras, por hallar algun obstáculo á su paso, tienen que fraccionarse para salir por ambos lados de la lengua que es el órgano que generalmente las intercepta, ó se ven obligadas á volver hácia atrás y precipitarse de nuevo en la faringe para salir al exterior por la nariz. Hé aquí ahora la correspondencia entre esta subdivision de consonantes y la clasificacion que bajo el concepto físico-orgánico ú orgánico-fonético hicimos en el lugar correspondiente, advirtiendo que en esa comparacion prescindimos de la *c*, de la *h*, de la *q* y de la *x*, por las mismas razones que entónces nos obligaron tambien á eliminarlas:

6.º	Consonantes nasales.	"	"	y. n. ñ.
5.º	Consonantes guturales.	g. k.	j.	"
4.º	Consonantes linguo-palatinas.	ch.	s.	l. ll. r. rr.
3.º	Consonantes linguo-dentales.	d. t.	z.	"
2.º	Consonantes labio-dentales.	v. w.	f.	"
1.º	Consonantes labiales.	b. p.	"	m.
	Explosivas . . . . .			
	Silbantes . . . . .			
	Refluientes . . . . .			

Hemos visto que la lengua es uno de los órganos más importantes del aparato vocal pues apenas se encuentra una letra en cuya articulación no tome una parte mayor ó menor; pero hay algunas como las labi-dentales, por ejemplo, cuya pronunciación sería imposible sin su concurso.

Existen, sin embargo, no pocos casos, unos verdaderamente milagrosos como el de los célebres confesores africanos, que después de sufrir la amputación de la lengua por sus predicaciones católicas, continuaron hablando tan claramente como ántes de perderla según testimonio del emperador Justiniano que los oyó, y otros que no revisten carácter alguno de milagro, en que no pocas personas de uno y otro sexo, después de haber enmudecido por carecer del mismo órgano, recobraron el uso de la palabra, ora por haber experimentado alguna variación en el volumen ó disposición de los demás, ora mediante el empleo de un artificio, industria ó instrumento que lo reemplazase, de lo cual pudieran citarse muchos ejemplos, así en España como fuera de ella.

Sin embargo, no en todos los idiomas desempeña la lengua el mismo importante papel por que no todas se componen de sonidos iguales ni en número ni en articulación, y hasta existen algunos para cuya pronunciación no es necesaria por la índole de los suyos, como lo prueba el abate Hervás, así en la Escuela española de Sordo-mudos, como en su importantísima obra titulada "Orígenes de las lenguas," de la cual arranca la importancia que en nuestros días viene dándose á los estudios de la Filología comparada.

## VII

### MÉTODO PARA ENSEÑAR Á LOS SORDO MUDOS LA PRONUNCIACION Y LA LECTURA EN VOZ.

Leer, dice D. Tiburcio Hernandez en su Plan de enseñar á los mudos el idioma español, es entender la significación de los sonidos pasando rápidamente la vista por la multitud de letras que forman un libro; pero como esta definición parece limitada á la lectura visual sin articulación ni pronunciación, y como, según el mismo maestro, la lectura comprende además la formación de ruidos y sonidos y la unión y combinación de ambos elementos para la de las pala-

bras, que son los verdaderos signos de las ideas, creemos más acertada la de Bonet, para quien leer es ir nombrando sucesivamente las letras por su nominación simple, aunque también la encontramos sobradamente incompleta.

Pudiéramos decir con una de nuestras eminencias literarias que leer es hablar lo que está escrito, y hablarlo según la intención de quien lo escribió, que no pudo ser otra que la de enseñar, agradar, convencer ó persuadir al lector ó al oyente, más como esta idea de la lectura se remonta á una esfera superior y como no es esa la extensión en que la podemos tomar aplicándola á la educación del sordo-mudo, preferimos ampliar y completar la definición de Bonet afirmando que leer es ir nombrando sucesivamente las letras por su nominación simple, agrupándolas después para formar con ellas las sílabas, las palabras y las frases que sirven de expresión al pensamiento, única manera de que la pronunciación llegue á ser para el sordo-mudo lo que puede y debe, esto es, un medio universal de relación social.

Infiérese, pues, que la pronunciación ha de enseñarse al sordo-mudo para que *hable* y para que *lea*, ó lo que es lo mismo, para que *hablando* pueda manifestar sus propias ideas, y para que *leyendo* traduzca ó exprese en el lenguaje oral las que otro manifestó valiéndose de la escritura.

Reconocemos, sin embargo, que resultado tan ventajoso no podrá alcanzarse sin entender la significación de la palabra hablada y escrita, ó sea hasta que haya recibido la instrucción que sólo el estudio del idioma y de las reglas gramaticales puede proporcionarle; mas por lo mismo y porque los conocimientos humanos, por distintos que parezcan, se auxilian, completan y armonizan recíprocamente, creemos que el fundamento del método que ha de seguirse para enseñar á pronunciar y á leer en voz á los sordo-mudos, ha de buscarse en los métodos ordinarios de lectura, como creemos también que pronunciando y leyendo, podrán aquellos adquirir un caudal no despreciable de conocimientos lingüísticos y gramaticales.

Háanse dividido esos métodos en *literales* ó *silábicos*, en *académicos* ú *orgánicos*, y en *racionales* ó *empíricos*, atendiendo, más que á su esencia, al procedimiento seguido para facilitar los primeros pasos de la enseñanza y llevar al discipulo

lo á la lectura de las letras, sílabas, palabras y frases, de lo cual se infiere que en rigor no debieron llamarse métodos. Sin embargo, los de pronunciaci3n y de lectura en voz para los sordomudos, apénas necesitan traspasar esos límites, porque el completo desenvolvimiento de esta parte de su educaci3n é instrucci3n depende de los demás conocimientos que han de dárseles y señaladamente de los lingüístico-gramaticales que son los que, teniendo en cuenta sus particulares condiciones, constituyen la verdadera especialidad de la enseñaanza.

Los métodos ordinarios toman el nombre de *literales* ó *silábicos*, segun que en su desarrollo consideren como elemento simple de la palabra la letra ó la sílaba, y como sentido preceptor la vista ó el oido; *académicos* ú *orgánicos*, segun que el órden de presentaci3n de las letras ó de las sílabas se funde en el alfabético ó en el del organismo de la pronunciaci3n; *racionales* ó *empíricos*, segun que las sílabas sucesivamente enseñaadas sean á la vez palabras con significaci3n propia ó simplemente sonidos con ó sin significaci3n, y finalmente hasta los literales han recibido el nombre de métodos de *deletreo* cuando en los ejercicios necesarios para su desenvolvimiento se obligaba á los discípulos á que nombraran separadamente las letras ántes de formar con ellas las sílabas y las palabras, procedimiento justamente anatematizado por Bonet y calificado por el abate Hervás, con no ménos justicia, de bárbaro, pesado, inútil y perjudicial.

Literal sin deletreo y académicamente ordenado, es el que, en concepto de Bonet y de Hernandez, conviene seguir para enseñar la pronunciaci3n y la lectura á los sordomudos; literal pero orgánico el que aconsejan Villabrilie y Nebreda, y enteramente silábico el del abate Hervás. Todos en más ó en ménos admiten el principio de racionalidad, pero ninguno ha llegado á desarrollarlo en toda su extensi3n y consecuencias, siendo de lamentar que Hernandez, tan competente, tan ilustrado y tan celoso, no llegára á formar y publicar el primer libro de lectura que ofreció al terminar su "Plan de enseñar á los sordomudos el idioma español," pues habria llenado con él un gran vació en la instrucci3n de aquellos desgraciados, que no es, ni puede ser, ni será tan completa como debe serlo mientras no exista un método racional de pronunciaci3n y de lectura en voz que á la vez

que sirva de auxilio y complemento á los conocimientos morales, instructivos y lingüístico-gramaticales, contenga una série gradual, metódica y progresiva de lecciones especialmente ordenadas para ejercitarlos en leer y pronunciar tanto cuanto es necesario para vencer sucesivamente las dificultades que la pronunciaci3n lleva consigo, y para que al salir de los colegios y escuelas puedan utilizarla como medio general de expresi3n del pensamiento en el trato y comunicaci3n social, resultados que difícilmente se alcanzarían apelando á nomenclaturas y fraseologías escritas con un fin completamente distinto ó consagradas exclusivamente al estudio del idioma.

La falta, pues, de un método racional y completo de pronunciaci3n y de lectura en voz es, en nuestro concepto, la causa de que los sordomudos no lleguen á pronunciar y á leer como pudieran y debieran hacerlo, ni á obtener de los esfuerzos empleados en esta parte de su instrucci3n los abundantes y sazonados frutos que tanto admiramos en los discípulos del inmortal Ponce de Leon.

Convencidos de esa necesidad, pero no sin desconfianza, vamos á indicar el órden que consideramos más conveniente para enseñarles á pronunciar y á leer en voz, ó lo que es lo mismo, los fundamentos generales á que, en nuestro concepto, debe obedecer un método especial y racional de pronunciaci3n y de lectura.

No aplaudimos ni rechazamos, mientras no traspase los límites de la escritura, la costumbre de hacer que los sordomudos, á continuaci3n de las sílabas directas simples, escriban las inversas correspondientes, sean ó no usuales en nuestro idioma; pero creémos que tratándose de pronunciar y de leer, la enseñaanza ha de comenzar por las vocales que forman la clase primera en el cuadro de clasificaci3n ortológica de los sonidos; que deben presentarse en este órden: *u*, *o*, *a*, *e*, *i*, atendiendo á la mayor facilidad de pronunciaci3n, y que no conviene agruparlas para formar diptongos y triptongos, porque esta clase de sonidos ni caben aisladamente en un método racional por carecer de significaci3n, ni los sordomudos pueden pronunciarlos fácilmente en los primeros pasos de la enseñaanza.

Partidarios del método silábico, consideramos, sin embargo, que los sordomudos necesitan aprender préviamente las articulaciones representadas por las consonantes y creémos que, al



darlas á conocer, conviene atemperarse á la clasificación físico-orgánica de que nos hemos ocupado en el cuadro correspondiente; que no hay inconveniente en enseñar las suaves de todos los grupos ó de alguno de ellos, con preferencia á las intermedias y á las fuertes, pasando, por ejemplo, de la *b* á la *d* ó á la *t*; que tan pronto como el sordo-mudo conozca la articulación de una consonante, debe aprender á unirla con las vocales en forma preventiva ó modificativa; que en unos casos debe preferirse aquella á ésta, haciendo en otros lo contrario; que no debe pasarse adelante mientras no se conozcan todas las sílabas simples directas é inversas, ó sean los sonidos señalados en el cuadro con los números 2 y 13; y finalmente, que á medida que esas sílabas se vayan conociendo, conviene aplicarlas á la formación, lectura y pronunciación de nombres sencillos de objetos que fácilmente puedan darse á conocer, como *a-la*, *a-jo*, *o-jo*, *di-a*, *tí-o*, *li-o*, *ma-no*, *de-do*, *ca-ra*, *bo-ca*, *pe-lo*, *pa-lo*, *te-la*, *me-sa*, *bo-ta*, *ba-ul*, *pe-on*, *le-on*, *ar-ma*, *ar-co*, *ar-ca*, y otros semejantes.

Aconseja el abate Hervás y recomendamos nosotros, que la enseñanza de sílabas directas simples de igual pronunciación, pero de escritura distinta, se reserve para cuando los sordo-mudos se hallen suficientemente familiarizados con la de los sonidos *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, *ba*, *pa*, *ma*, *va*, *fa*, *da*, *ta*, *za*, *la*, *lla*, *sa*, *cha*, *ra*, *rra*, *ka*, *ga*, *ja*, *ya*, *na*, *ña*, á que llama fundamentales y únicos en su clase dentro del idioma español, y que después se forme con aquellos un cuadro que facilite su comparación recíproca para que los discípulos distingan mejor sus semejanzas y sus diferencias en la forma siguiente:

ka — ke — ki — ko — ku.

ca — " — " — co — cu.

" — que — qui — " — "

za — ze — zi — zo — zu.

" — ce — ci — " — "

ja — je — ji — jo — ju

" — ge — gi — " — "

ga — gue — gui — go — gu

Á la enseñanza de las sílabas simples preventiva y modificativamente articuladas, debe seguir la de directas simples con diptongo (clase

3.<sup>a</sup>), como *rey*, *soy*, y con articulación modificativa (clase 6.<sup>a</sup>), como *Dios*, *Juan*, *miel*, con lo cual se prepara convenientemente la pronunciación y lectura de las de una sola vocal preventiva y modificativamente articulada (clase 4.<sup>a</sup>), como *pan*, *sol*, *sal*, que han de enseñarse á continuación.

Los ejercicios fundamentales con estas tres clases de sílabas sólo deben comprender las que á la vez sean palabras significativas cuya inteligencia pueda explicarse con facilidad al sordo-mudo, reservando las que carezcan de este requisito para los de palabreo que deben mediar entre unas y otras. Así, por ejemplo, las sílabas *pei*, *rui*, *cues*, *tor*, que aisladamente enseñadas escaso ó ningun resultado producirían bajo el aspecto del desenvolvimiento intelectual que nunca ha de perderse de vista, podrán muy bien enseñarse formando parte de las palabras *pei-ne*, *rui-na*, *cues-ta*, *tor-ta*.

Cuando los discípulos estén suficientemente ejercitados en la pronunciación y lectura de palabras formadas con los elementos ya conocidos, entre las cuales pueden tener cabida las de tres sílabas como *bu-fe-te*, *pei-na-dor*, *pan-ta-lon* y aún las de cuatro, como *a-ba-ni-co*, *ca-mi-so-la*, *ga-bi-ne-te*, *cos-tu-re-ra*, no habrá ya inconveniente en pasarlos á la pronunciación y lectura de las sílabas llamadas de contracción (clase 8.<sup>a</sup>), que aunque escasas en número, no dejan de ofrecer dificultades, señaladamente á los sordo-mudos, siendo una de ellas la de no constituir por sí solas palabra significativa, y después á la de las mismas con articulación modificativa (clase 10.<sup>a</sup>), como *flor*, *cruz*, *tren*, mediando entre unas y otras el conveniente ejercicio de aplicación de las primeras á la formación de palabras, como *cla-vo*, *pie-dra*.

Suficientemente ejercitados los discípulos en la pronunciación y lectura de palabras, en cuya formación tomen parte todos los elementos enseñados, fácilmente pronunciarán y leerán los sonidos que aún restan señalados en el cuadro con los números 5, 7, 9, 11, 12 y 14.

El maestro puede enseñar estas sílabas aisladamente ó formando parte de palabras y en el orden que considere más acertado, porque cuando los sordo-mudos se encuentren en estado de aprenderlas, ya deben suponerse vencidas las principales dificultades de la pronunciación. Nosotros, sin embargo, preferiríamos que se di-

vidieran en dos grupos, comprendiendo en el primero las de las clases 9.<sup>a</sup>, 11.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, de las que son ejemplos *fray, pleis, guais*, y en el segundo las de la 14.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, á las que corresponden *ins, cons, trans*, cuya graduacion queda establecida por el orden que hemos seguido al nombrarlas.

Francamente adversarios de los métodos abreviados de lectura, que solo contemplamos útilmente aplicables á la enseñanza de adultos, pensamos como el gran Quintiliano, que no debe formarse empeño en que los niños reúnan palabras si ántes no reúnen sin vacilacion las sílabas. Creemos, pues, funesta la manía de obligarlos á la lectura de frases cuando apenas tienen un ligero conocimiento de las sílabas y de las palabras, y pensamos tambien que semejante procedimiento, léjos de apresurar el término de la enseñanza, lo entorpece y retarda indefinidamente, y si ésto sucede con los niños de sentidos espeditos, con mayor razon sucederá tratándose de sordo-mudos. Opinamos por tanto que éstos, aun despues de haber adquirido los conocimientos de lectura y de pronunciacion que enumerados quedan, necesitan ejercitarse en pronunciar y leer largas séries de palabras que, en lo posible, expresen ideas de fácil explicacion y que contengan sílabas de todas las clases y todas las combinaciones desde la bi-silábica hasta la polisilábica más numerosa.

Han de disponerse estas séries ordenándolas con los nombres de las diferentes partes del cuerpo humano, los alimentos, las bebidas, los vestidos, los muebles de las clases, los de las habitaciones, los animales, las plantas, las dignidades, empleos y categorías sociales, los lugares y objetos destinados al culto, los oficios, las herramientas, los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, los reyes y españoles ilustres y tantas otras cosas de las cuales puede obtenerse abundante y variado contingente de palabras, con cuya pronunciacion y lectura no sólo ha de promoverse y asegurarse el resultado que apetecemos en esta parte de la instruccion, sino el desarrollo intelectual y los demás conocimientos que han de darse á los sordo-mudos, pero especial y señaladamente los lingüístico-gramaticales.

Para que pronuncien y lean sin vacilacion y sin embarazo, no creemos que basten los dos meses que, en sentir del abate Hervás, han de

ejercitarse en la pronunciacion y lectura de palabras cortadas ó divididas en sílabas, pues aun para los niños de sentidos espeditos es un tiempo á todas luces insuficiente, y por tanto, pensamos que esta clase de ejercicios debe durar muchísimo más, y que cuanto más se prolongue, mayor será la seguridad que adquieran y mayor la expedicion con que luego han de proceder en la lectura corriente.

El tránsito de la palabra á la frase es otro de los puntos que deben llamar nuestra atencion. Puede establecerse gradualmente uniendo el artículo al nombre, el adjetivo al sustantivo, ó la materia á la forma, diciendo, por ejemplo, *pantalón, un pantalón, el pantalón, pantalón bueno, un pantalón bueno, el pantalón bueno, pantalón de paño, un pantalón de paño, el pantalón de paño, pantalón de paño bueno, un pantalón de paño bueno*, para terminar con las frases *el pantalón es bueno, el pantalón es de paño, el pantalón bueno es de paño, el pantalón es de paño bueno*, frases que presentamos como un ejemplo de entre los muchos que pudiéramos haber elegido, agregando, para terminar, que con frases semejantes ú otras formadas por el verbo *estar*, debe darse fin á lo que no tenemos inconveniente en llamar primer libro ó primer grado de pronunciacion y de lectura para los sordo-mudos; que el segundo libro debe componerse de fraseología, y el tercero de lecturas graduadas, escritas unas y otras en lenguaje sencillo y de fácil inteligencia, á fin de que puedan servir de modelo al sordo-mudo para expresar sus pensamientos de palabra y por escrito, y de que en ellas encuentren prácticamente aplicadas las principales reglas de la gramática, los elementos de su educacion intelectual, y finalmente, los principios religiosos y morales que han de regular sus acciones y guiar su corazon por la senda de la virtud y del honor mientras dure su peregrinacion sobre la tierra.

PEDRO CABELLO Y MADURGA,

## EL ASCO Y SUS CAUSAS.

(Conclusion.) \*

### IV.

#### APLICACIONES DE LA LEY DE UTILIDAD.

Después de haber examinado de qué modo recibimos diferentes sensaciones más ó menos complejas, de los seres animados que viven en derredor nuestro, nos será más fácil ver cómo obran sobre nuestros sentidos los tejidos, los órganos ó los productos de secreción. Aquí encontraremos una ley casi igual á la primera; la ley que de buen grado llamaria de *la utilidad*, y merced á la cual, las sustancias útiles nos agradan y las inútiles nos disgustan.

Tomemos como ejemplo la leche: ese alimento sin igual, indispensable para la existencia de todos los mamíferos recién nacidos. ¿Acaso su aspecto y su olor no son de los más agradables? ¿Podríamos comprender que fuera de otra suerte, y que la naturaleza nos hubiera inspirado repugnancia para lo que constituye nuestro primer alimento, y el más sano de todos los que pudiéramos imaginar? Por el contrario, otras secreciones que son el producto último y definitivo de un trabajo de nutrición, nos inspiran asco; lo cual es muy natural que suceda. Las sustancias que el organismo arroja como inútiles, por haber cumplido con su función nutritiva, ya no pueden agradar á nuestros sentidos, que se fijan ante todo en el valor alimenticio de las cosas. De ahí, que estas provoquen un asco contra el cual sería inútil luchar. Se puede ir más allá aún, cuando los líquidos que sirven para la digestión, se apartan de su función natural, quienes aunque al principio no nos inspiren asco alguno, conviértense en un objeto asqueroso. Así, por ejemplo, la saliva no tiene nada que nos repugne; mascar un pedazo de pan ó un dulce, es un acto que nos parece más bien agradable que desagradable; pero si se supone esta misma operación en un vaso, como en los experimentos de la digestión salivar artificial, lo que era agradable se convierte en repugnante, en cuyo caso ha bastado que la saliva abandone

la cavidad bucal para convertirse en un objeto asqueroso. Una comida compuesta de huevos, leche, carne y vino, es bastante agradable, y sin embargo, el olor del jugo gástrico y de estas sustancias á medio digerir es nauseabundo, su aspecto repugnante, lo cual es debido á que estos alimentos han abandonado el estómago, y son impropios para cumplir con la función nutritiva, y todos tenemos instintivamente asco hacia todo lo que es inútil.

De este modo es como hay que explicar las sensaciones diversas que la vista de la sangre despierta en nosotros. La sangre es la imagen de la vida, pero es también la imagen de la muerte. Circulando por el corazón, y por los innumerables vasos del cuerpo humano, representa la vida, el movimiento, la actividad, la salud. Los poetas de todas épocas han descrito con verdadero deleite la coloración sonrosada de las mejillas y el vivo carmin que una imprevista emoción hace aparecer en el rostro; de modo que la sangre, cuando representa la vida, no produce más que imágenes agradables. Pero desde que sale de los vasos que deben contenerla, desde que se la ve aparecer al exterior, es ya un objeto, si no repugnante, al menos que asusta, puesto que representa la muerte con todo su horror. ¡Cuántas personas hay que solo al ver una gota de sangre, se conmueven hasta el extremo de desmayarse! Verdaderamente que ni el aspecto ni el olor de la sangre, cuando no está aún descompuesta, son completamente repulsivos, es más bien un sentimiento de espanto y aversión, que de asco propiamente dicho, el que se experimenta. Es curioso comparar las ideas que provoca su aspecto, con las que se originan al ver el pus. La sangre es el líquido vital por excelencia, mientras que el pus es un líquido impuro, producto de la enfermedad y expulsado por la economía, como causa de desorden y perturbación. Así es que de todos los líquidos animales este es el más inútil y el más perjudicial, y un íntimo instinto nos advierte esta inutilidad y este peligro, inspirándonos hacia el pus y los líquidos saniosos un asco invencible.

Cuanto más avanzamos en este estudio, encontramos que hay una estrecha relación entre los objetos exteriores y las sensaciones que nos inspiran. Lo que es perjudicial, lo que es inútil, es para nosotros un objeto más ó menos repugnante, y nuestros ascos no se refieren casual-

\* Véase el número 223, página 679.

mente á este ó al otro objeto, á este ó al otro animal, reconocen siempre una causa eficiente, y á pesar de las aparentes irregularidades, el instinto no se equivoca nunca.

Sin embargo, en lo que al hombre se refiere, la voluntad, la imaginación y el hábito, representan un importante papel, y muy frecuentemente pueden transformar nuestros instintos. Por ejemplo, si veo ante mí un sapo, experimentaré evidentemente una sensación de asco que, según mi estado moral, irá aumentando ó disminuyendo. En efecto, suponed que quiera estudiar la acción de su veneno, la idea de una investigación científica concluirá quizá por dominar el horror que aquel me inspira: si, por el contrario, estoy en otra cualquier situación moral, y desprevenido le veo donde creía coger una flor, el asco que experimentaré será infinitamente mayor que si fuera á cogerle en un laboratorio para estudiar sus funciones fisiológicas. Esto sería más exacto aún para la rana, que generalmente no inspira nunca asco cuando se acostumbra uno á hacer experimentos en ella.

La costumbre desempeña, con respecto á la mayoría de los instintos, un papel idéntico al de las funciones nerviosas ó musculares. Podriase decir que obra principalmente cambiando el punto de vista de las cosas, y obligando al espíritu á no considerar ya esa incierta finalidad, de la cual el instinto nos dá una especie de confusa conciencia, sino una finalidad más exacta y de más actualidad, y más en relación con nuestro destino moral. Así para tomar un ejemplo entre mil, el cirujano que lleva sus manos á una infecta herida, apenas experimenta asco; y es porque considera la enfermedad como el mal que es preciso curar; desde sus primeros estudios ha tenido que tratar el mal físico bajo un mismo punto de vista: el objetivo terapéutico ó científico, de modo que se ha creado bajo este concepto especial, una segunda naturaleza opuesta á la primera, que le mostraba la enfermedad como un mal del cual había que huir. En el primer caso, la enfermedad es un peligro que hay que evitar; en el segundo es un peligro del cual hay que triunfar. Comprendese fácilmente que el punto de vista es completamente diferente.

Podría multiplicar los ejemplos; el químico, el fisiólogo, el naturalista, hacen como el médico, poco á poco el asco primitivo vá dismi-

nuyendo á causa de las preocupaciones científicas, opuestas en un todo al instinto. Por otra parte; el asco es una especie de síntesis que se refiere á la forma total de los objetos, y que debe disminuir y apagarse á medida que el análisis científico ha desgranado y separado las partes cuyo conjunto era tan repugnante. Supongamos, por ejemplo, una araña: ciertamente que es un sér repulsivo por su forma, veneno y aspecto; pero si tomamos una pata ó un ojo de este insecto y examinamos al microscopio el maravilloso arreglo de estos órganos, llevando hasta el último límite del análisis las partes más delicadas, será seguramente más admiración que repugnancia lo que semejante espectáculo nos hará sentir. El instinto no puede referirse sino á los objetos naturales vivos, activos, peligrosos por sí mismos, y estos objetos, separados de su destino con respecto á nosotros y considerados como instrumentos de una gran función fisiológica, han perdido su odioso carácter y han adquirido otro completamente diferente.

Lo mismo sucede con respecto á las sustancias químicas que se extraen de los líquidos animales: así la urea, que se puede preparar artificialmente por síntesis, y que constituye también el elemento principal de la orina, cuando esté bien purificada de todas las materias orgánicas que la modifican, aparecerá como un cuerpo cristalizabile, blanco, puro, inodoro, que no nos inspirará repugnancia de ninguna especie. No son, pues, los diferentes elementos de los objetos asquerosos los que nos repugnan, es su conjunto, su forma, su totalidad; en una palabra, su aspecto natural y en manera alguna su constitución química ó la estructura íntima de sus partes.

El exámen de las cosas, bajo el punto de vista de su valor alimenticio, es, sobre todo, lo que modifica los sentimientos instintivos que estas cosas nos habían inspirado primeramente. Así, hemos visto que las moscas gustaban de las materias en descomposición, que constituyen su alimento: lo mismo sucede respecto á las aves de rapiña, á las ratas y otros animales que se nutren con las mismas sustancias. Los gusanos, las moscas, los insectos son muy buscados por ciertos pájaros. Otros no comen más que reptiles; pero, por regla general, tienen una aversión profunda hácia estos séres.

Con respecto al hombre, siendo muy variada su alimentación, según los gustos individuales, según las costumbres y los climas, se comprende también lo infinitamente variados que serán sus gustos. No hablaré de los países en que se comen los nidos de golondrina, los perros pequeños, saltamontes, lagartos, pescados podridos, sangre y grasa de foca, ni tampoco mencionaré aquellos en que el hombre se alimenta con sangre humana; pues es evidente que los europeos no han pensado nunca en ver en estos objetos, alimentos que serían con seguridad odiosos y repugnantes; examinemos solamente lo que sucede entre nosotros y á nuestro alrededor. ¿No vemos ciertas personas comer caracoles y ranas? Para la mayoría, estos animales no parecen comestibles; y el instinto, conservando todo su poder, no los representa como seres repugnantes. Hasta es probable, que las personas que los comen, tendrían cierto asco al tocarlos y al verlos fuera de su plato. La costumbre tiene tal importancia, que comemos sin aprensión las morcillas, las tripas, el hígado; y, sin embargo, la sangre de puerco y los intestinos de ternera, repugnan á los que los ven en el momento en que la ternera ó el puerco han sido sacrificados. En un caso, es la idea de la muerte; en el otro, es la idea del alimento la que domina: de modo que, según que se refiera uno á esta ó á la otra idea, se experimenta una sensación de asco ó de disgusto. Hace algunos años, durante el sitio de París, de dolorosa memoria, el pueblo encontró en la carne de caballo un recurso alimenticio precioso; muchas personas no hicieron uso de ella sino con una gran repugnancia, pero poco á poco se iba considerando la carne de caballo como un alimento, y todo el asco desapareció. Evidentemente, la costumbre nos hacía considerar al caballo como un animal útil para el arrastre y los carruajes, pero no como una carne comestible. De ahí el esfuerzo que hubo que hacer, para abandonar la primera idea y adoptar otra que nos permitiera comer caballo sin repugnancia. Por otra parte, hay muchas más ridiculeces en nuestro gusto ó en nuestra repulsión hácia ciertos alimentos. Hé hablado ya del venado afaisanado; ahora bien, á todas luces el queso algo antiguo en el cual hubieran empezado á presentarse gusanos, debiera inspirar un asco profundo; pues dícese que algunas personas estiman mucho semejante

manjar, y lo consideran como uno de los más delicados. ¿Se explica esta anomalía? ¿No es más bien una perversión inexplicable del gusto?

Es preciso atribuir al hábito también, la influencia del orden de los alimentos con respecto á nuestro gusto. Así, la leche, el vino y el caldo, son tres alimentos muy agradables tomados separadamente y á su tiempo; pero si se hace una mezcla de leche, vino y caldo, se tendrá un líquido cuyo olor, vista y gusto serán insoportables. No obstante, siempre son alimentos, y en el estómago la mezcla debe verificarse necesariamente. Podrá, pues, creerse que el instinto se engaña, y quizá esta mezcla no sea despreciada por animales cuyos instintos primitivos no estén falseados por los hábitos sociales. Sin embargo, es muy de notar, que una mezcla de leche y de vino no es ya un líquido alimenticio normal, y que hemos producido en cierto modo, por síntesis un líquido nuevo, diferente de los dos primeros, y que no puede ya considerarse como un alimento normal. La leche está coagulada; el color del nuevo líquido es ya desagradable á simple vista, y el conjunto nos hace pensar más bien en las materias arrojadas por el estómago después de la digestión, que en alimentos sanos é intactos que se tomarían de buen grado.

El estado fisiológico, representa un papel tan importante por lo ménos como el hábito. Según sea nuestra hambre ó nuestra sed, los alimentos nos inspirarán agrado ó repugnancia. Los desgraciados que se han visto apremiados por el hambre, se han alimentado de materias infectas; porque cualquiera que fuera su repulsión estaba dominada por un instinto más poderoso. En cambio, la saciedad origina una especie de asco hácia los alimentos. Después de una copiosa comida, la vista y el olor de los manjares es insoportable.

Basta estar algo enfermo para perder el apetito y sentirse desagradablemente afectado por el olor y la vista de los mismos alimentos que personas en buena salud y con apetito miran como muy agradables.

De suerte, que todo lo que vemos nos permite deducir en conclusión que las cosas, consideradas como alimentos, nos agradan, mientras que, bajo otro punto de vista, podrían acaso repugnarnos. Si no son nada, con respecto á nosotros, como el mármol, el hidrógeno ó el azufre, no provocarán más que indiferencia; si, por el con-

trario, nos atañen muy de cerca, como los productos de secrecion y los gases de la putrefaccion, escitarán nuestro asco, tanto más cuanto más inútiles y perjudiciales sean. Sin embargo, la asociacion de las ideas, llega á dar cierto carácter agradable ó desagradable á las cosas que debieran sernos indiferentes, conforme sea la idea que refiramos ó que despierten en nosotros. Así es que, por regla general, la vista de los líquidos transparentes y puros es agradable, mientras que si contienen en suspension materias estrañas que les impurifiquen, la sensacion es completamente diferente aun cuando se trate de líquidos químicos que no pueden, ni unos ni otros, servir para nuestra alimentacion ú obrar sobre nuestro olfato. La vista sola puede darnos una idea de la sensacion del gusto ó de la del olfato. Los líquidos gomosos ó filamentosos, producen sobre la piel una sensacion viscosa desagradable, y hasta á la simple vista no tienen atractivo alguno, mientras que un líquido movable y líquido como el éter, es agradable á la vista. Estos son ejemplos de sensaciones asociadas. Los productos de secrecion y los líquidos animales son generalmente filamentosos y viscosos, mientras que el agua que bebemos debe ser límpida, y por consecuencia, hacemos estensivo á todos los líquidos viscosos nuestro asco por todos los líquidos animales, y á todos los líquidos límpidos nuestro gusto por el agua pura. Así es como hay que explicar quizá porque ciertos colores son agradables y otros desagradables. Una tela de un color púrpura brillante y puro será agradable á la vista, mientras que una tela gris mate de un tinte indeciso, será casi siempre bastante fea.

## V

## ESTUDIO DEL ASCO MORAL.

Hemos, llegado por fin, gradualmente del asco físico, material, por decirlo así, al asco moral de un orden completamente diferente que puedese, sin embargo, al parecer, relacionar con el primero. La cuestion de fisiología psicológica es una cuestion ya auténtica, y sin pretender discutir á fondo un problema tan difícil, no podemos por ménos de decir algunas palabras acerca del mismo.

Cuando tenemos ante la vista diferentes formas inanimadas, cada una de ellas despierta en nosotros diversas sensaciones. Un círculo, un

cuadrado, un triángulo, una línea quebrada, una curva, obrarán de una manera muy variada sobre nuestra inteligencia. Sin embargo, estas líneas, consideradas en sí, no tienen significacion alguna; el espíritu es el que se la dá, y se forman asociaciones de ideas que no son las mismas, segun que el círculo ó el cuadrado sea el puuto de partida. Podríanse comparar estas ideas, que se siguen unas á otras, á una série de campanitas que vibran sucesivamente á causa del movimiento que en la primera ha provocado la sensacion. En sí misma, la idea primitiva es indiferente para el espíritu; pero poco á poco evoca otra série de éstas, que acaban por ser agradables ó desagradables, segun el sentido de la primera vibracion. Si se tiene ahora en cuenta el hábito, la educacion y la variedad infinita de nuestros instintos, se verá cuan difícil es formular leyes generales por los sentimientos que pueden despertar las líneas geométricas, en un principio tan indiferentes para nuestros gustos. Y, sin embargo, en la combinacion de estas líneas entresí en regulares proporciones, estriba el arte de la arquitectura. Un edificio puede parecer pesado ó airoso, macizo ó esbelto, segun la disposicion de sus líneas. Empero, las sensaciones que provoca en nosotros son vagas é indecisas, mientras que para las otras artes, la escultura, la pintura, el drama y la poesia, el sentimiento de gusto ó disgusto es mucho más claro.

La pintura, por ejemplo, es la representacion de la realidad, y segun que esta realidad nos inspire sensaciones de gusto ó disgusto, el cuadro que tengamos delante provocará un sensacion agradable ó penosa. La representacion de una mancha de sangre es tan asquerosa como la sangre misma, y lo sería siempre que una mancha de sangre se presentára, si el pintor no poseyera el privilegio que la naturaleza no tiene, mejor dicho, que no se toma la molestia de tener, y es el de hacer resaltar tal ó cual carácter especial, de modo que quite al primitivo objeto parte de sus propiedades, así como provocar en el espectador una idea diferente de la idea sencilla y enteramente fisiológica que la vista de una mancha de sangre origina en nosotros.

En uno de sus más notables cuadros, Enrique Regnault ha pintado una gran mancha de sangre que se estiende en sábana sobre las gradas de un harem. Un enuco acaba de cortar una cabeza, que ha rodado sobre las gradas; orgulloso

de la obra de justicia que acaba de cumplir, mira con calma su sangrienta espada y la enjuga friamente, volviendo la cabeza hácia la sangre que corre; y sin embargo, este cuadro no provoca el asco. El terror, la venganza, la piedad, la justicia impasible, tales son los sentimientos que despierta en nosotros, y no hay lugar para la repugnancia y otras sensaciones más penosas. (1) Esto no quiere decir, que todos los que miren el cuadro experimenten iguales sentimientos. Es muy posible que en algunas personas aparezca el asco, y de ello no habría por qué sorprendernos. Al representar escenas tan atrevidas, se tocan muy de cerca las ideas repugnantes, y es necesaria una extraordinaria habilidad en la manera de presentarlo, para enmascarar con sentimientos más fuertes el primero de todos, la repugnancia que la vista de una mancha de sangre provoca en nosotros.

En la poesía sucede lo propio. El estilo, la disposición de las frases y de los epítetos, un no sé qué á la vez inconsciente y rebuscado, permiten presentar imágenes que, dispuestas de otro modo, serían repugnantes, mientras que, trazadas por un gran escritor, son agradables y hasta pueden, según el valor de la idea que expresan, ser grandiosas. La imagen de una lombriz de tierra tiene algo de repugnante, y sin embargo, quién no ha admirado estos magníficos versos que Víctor-Hugo, atribuye á uno de sus personajes.

«Madame, sous vos pieds, dans l'ombre, un homme est là,  
Qui vous aime, perdu dans la nuit qui le voile,  
Qui souffre, ver de terre amoureux d'une étoile;  
Qui pour vous donnera son ame, s'il le faut;  
Et qui se meurt en bas quand vous brillez en haut.» (2)

Entonces la idea ha cambiado, ya no se piensa en el gusano sino en la distancia prodigiosa que separa el más ínfimo de los seres, arastrándose sobre la superficie terrestre del

hermoso astro que brilla en la lejana bóveda celeste. Podría citar otros ejemplos, en que una imagen repugnante se reemplaza por otra que nos agrada y que acaba por hacer triunfar la primera.

Para el pintor, el escultor y el poeta, el objeto principal es ofrecer ideas que agraden, y para ello disponen de recursos casi infinitos, y además cada detalle, por más indiferente que parezca, puede cambiar el curso de nuestras impresiones y hacerlas agradables ó desagradables según la voluntad y el talento del artista ó del escritor. De este modo los grandes artistas hacen pasar ante nuestra vista, una serie de imágenes que, repugnantes por sí mismas, se convierten, por la disposición de las partes que les rodean, más bien en agradables que en desagradables. En una palabra, para una obra de arte la idea que despierta, el sentimiento que origina, la caracterizan por completo.

Nada vale sin esta impresión, y si no es la medida absoluta y única de toda obra artística, al menos debe tenerse más en cuenta que todo lo demás. Así con respecto á un cierto número de cuadros, estatuas ó dramas, hay discordancia en las opiniones y es probable que los dos bandos tengan razón. Si no se coloca uno bajo el mismo punto de vista, si no se siente uno emocionado del mismo modo, se dá un juicio completamente diferente. Los unos juzgarán muy bellos los versos de Víctor Hugo que he citado; otros en menor número, es cierto, hallarán chocante la comparación. El error, bajo el punto de vista filosófico, naturalmente, estriba en creer que existen en absoluto el buen gusto ó mal gusto.

Para que despierte ciertas ideas un cuadro ó un trozo de poesía, es necesario muy poco. Lo que se llama en pintura *bodegones*, una canastilla de frutas, un caldero, un vaso de vino, han sido reproducidos por pintores acaso muy ilustres como único asunto del cuadro. Estas representaciones muy poco importantes, según nosotros, y por regla general desprovistas de interés, deben la mayor parte de sus cualidades, á la exactitud con que se presentan los detalles, sin que, no obstante, la realidad se copie tan ciegamente que el cuadro engañe casi por su semejanza con el natural. Y es porque, merced á una porción de tintes imperceptibles, el pintor ha logrado dar cierto carácter á los objetos que ha representado, y nunca la realidad vulgar, de cosas tan vulgares

(1) El famoso cuadro de Goya, que representa los sangrientos fusilamientos de la Moncloa, y que se conserva en nuestro Museo de Pinturas, puede, entre otros muchos, que sería prolijo enumerar, servir de ejemplo para comprobar la exactitud de este aserto. (N. del T.)

(2) «Señora, á vuestros piés y en la sombra, hay un hombre que os ama, perdido en la noche que le envuelve; que sufre pobre gusano, enamorado de una estrella; que por vos diera el alma, si fuera necesario, y que abajo se muere mientras brilláis arriba. (*Ruy-Blas*, drama en cinco actos. Acto 2.º, escena 2.ª)

como un plato, un caldero ó un vaso, podrá presentarnos aquellos caracteres. Sucede, pues, que aun para la representacion de objetos inertes, que aparentemente no despiertan en nosotros ninguna idea, el pintor puede prestarles ciertas cualidades que acaban por originar ideas agradables. Con bastante frecuencia, Rembrandt se ha esmerado en pintar personas feas. No cabe duda que en la vida comun, la cara de sus modelos habria pasado desapercibida; hubiéramos vivido junto á semejantes seres, sin dignarnos mirarles, y sin embargo, cuando uno de esos pesados y vulgares rostros, ha sido reproducido por Rembrandt, entónces, ¡qué magnífico retrato, cómo se vé en él inteligencia é idea, cuánta vida y expresion en la mirada y en cada uno de los rasgos de la fisonomía! Parece como que hay en las cosas que nos rodean ocultas virtudes y que no pueden impresionarnos más que cuando un gran artista las ha traducido en un lenguaje más claro y comprensible.

¿Hablaré del asco moral, que sin referirse á las cosas mismas ó á las ideas que estas cosas representan, se aplica á los actos y á la conducta de ciertos hombres? La asimilacion que el lenguaje ha establecido está ciertamente justificada, porque existe en todas las lenguas, pero nos veríamos muy embarazados si tuviéramos que decir en qué consiste. Pongamos dos ejemplos tomados de novelas del siglo pasado: *Clarisse Harlowe* y *Manon Lescaut*. Lovelace y Desgrieux son dos personajes igualmente viciosos, igualmente criminales; aún quizá Lovelace tiene más cinismo y es más impudente que el desgraciado caballero. Y sin embargo, no escita el asco y la repugnancia que inspira Desgrieux. ¿Por qué esta anomalía? ¿No creeríamos, según esto, que hácia ciertos actos bajos, indignos é interesados, se siente más aversion que por otros actos criminales, sangrientos y pérfidos? Está uno en este caso reducido por completo á hacer hipótesis, y hay que contentarse con notar que con frecuencia no se puede explicar la repugnancia que ciertas personas nos inspiran. Hay en este caso asociaciones de ideas tan complejas, que se tardaría mucho en analizarlas.

Reasumamos ahora los datos múltiples más confusos en la apariencia que en la realidad, y dispersos en este estudio.

Hay, para el hombre como para todos los seres vivos, sustancias alimenticias y otras sus-

tancias que no pueden considerarse como tales. Ahora bien, una sensacion especial nos advierte cuál es el valor de las diferentes sustancias bajo el punto de vista nutritivo; esta sensacion está bajo la dependencia del sentido del gusto. La leche, el azúcar, la carne, son alimentos y el gusto nos lo indica, como no puede ser por ménos, al sentirse escitado agradablemente por la leche, el azúcar y la carne. Era imposible que la naturaleza nos inspirara asco hácia lo que debe constituir y constituye efectivamente nuestro alimento; al mismo tiempo que el gusto, propiamente dicho, el olfato y la vista, por una asociacion de ideas muy sencillas, están impresionados de tal modo que los alimentos nos agradan por su olor y su aspecto.

Sin embargo, junto al gusto hay una sensacion opuesta, el asco. El asco es una especie de dolor, una sensacion penosa especial que si se prolonga mucho y es muy intensa, provoca las náuseas y el vómito. Pero tomada en un sentido más reducido es pura y simplemente la percepcion de un sabor ó de un olor desagradable, formando parte también, como forman, del sentido del gusto, los sabores y los olores. Así, las sustancias acres, amargas, fétidas, nos repugnan, y si tratamos de vencer este sentimiento y tragarlas, la escitacion demasiado violenta de los nervios del gusto acabará por provocar el vómito. Además del gusto y del olfato, la vista puede también originar percepciones que por una asociacion de ideas primordial, producen también el asco; lo mismo sucede con el tacto, y una sensacion táctil puede provocar en nosotros sensaciones penosas, desagradables, dolorosas, que pueden perfectamente compararse con el asco.

Hay, pues, por una parte, un asco que podría llamarse gustatorio y olfatorio, y por otra ascos visuales y táctiles análogos, es que si no son idénticos al primero: sin embargo, cualquiera que sea la causa, el asco es siempre una sensacion igual de repugnancia, de aversion, que nos obliga á alejarnos del objeto que ha impresionado de aquel modo nuestros sentidos, y que si se hace muy intensa, concluye por provocar la náusea.

Es cierto que los objetos exteriores no tienen en sí, nada que sea repugnante. No lo son más que en lo que á nosotros se refiere, y si nuestros órganos estuvieran formados de otro modo, tendríamos otras sensaciones muy diferentes. La



fetidez, el amargor, la fealdad, no son cualidades esenciales de los cuerpos, son modos de ser nuestros, con respecto á las percepciones, y lo que lo demuestra es que, según el género de vida y la alimentación de los diferentes animales, el asco ó el gusto se aplican á objetos completamente diversos. El olor cadavérico nos repugna, pero para las moscas, que se nutren con sustancias descompuestas, estos olores fétidos son agradables. El sapo, que es para nosotros un animal asqueroso, no lo es, empero, por sí mismo.

Lo bello para el sapo, ha dicho Voltaire, será su hembra. El desprecio que demostramos hácia ciertos seres, que se justifica por nuestra propia organización, no tiene razón de ser. No hay nada feo ni fétido en la naturaleza; existen tan sólo cosas que consideramos fétidas ó feas, porque guardan cierta relación con nuestro organismo, que explica la naturaleza de nuestras sensaciones.

Podría suceder, que la razón del amargor ó de la fetidez de tales ó cuales sustancias, fuera imposible descubrirla. No obstante, me ha parecido que, mediante un atento análisis, se puede discurrir cuál es esta razón, sin duda alguna oculta y oscura, y envuelta por una multitud de hechos contradictorios, pero, sin embargo, genérica, merced á la cual se puede referir este instinto del asco al de la conservación del individuo.

¿Cómo se ha adquirido este instinto? He aquí una cuestión más oscura aún, y para la cual las diversas hipótesis pueden tener amplio campo. En cuanto nosotros, creemos que es un hecho hereditario. La lucha por la existencia y la selección natural, han dado á nuestros antecesores una maravillosa suma de sentimientos instintivos que parecen creados como por una fuerza sobrenatural, para velar por nosotros, protegernos y defendernos de nosotros mismos y de las escitaciones exteriores. De aquí se deduce por qué el hombre, como los demás animales, tiene instintos justificados, y que tienen su razón de ser. Todo se verifica como si el hombre hubiera sido creado con gran perfección, y cada uno de sus instintos estuviera destinado á la protección de uno de sus órganos y de las funciones de este órgano. Ahora bien, parece como que el asco existe para salvarnos de la muerte y del dolor, funestos predecesores de la muerte; así es que se

halla en el peligro ó en la inutilidad de los que nos repugnan, y de los animales que nos inspiran horror, la razón de ser de este horror y de esta repugnancia.

Los alcaloides, estos venenos vegetales tan terribles, están dotados todos de un extraordinario amargor; los reptiles, que en gran número son temibles para el hombre, nos inspiran una extraordinaria repulsión por su aspecto y á su contacto; los gases pútridos, los líquidos purulentos y saniosos de las heridas tienen un olor infecto, y estas tres propiedades, diferentes por cuanto afectan tres diversos sentidos, el gusto, el tacto y el olfato, tienen, sin embargo, un fondo común, el asco que nos inspiran, y mediante el cual advertimos el peligro que habría de comer estrignina, acariciar una víbora y respirar gases pútridos. Verdaderamente, estos instintos son ciegos é insuficientes para dirigir nuestra conducta: la quinina, aún siendo un veneno, y siempre amarga, es á veces saludable, y si el instinto fuera nuestra sola regla, no podríamos curarnos la fiebre intermitente, sobre la cual tiene la quinina una acción tan poderosa.

Las sustancias que no se encuentran en la naturaleza, no tienen, ni pueden tener, acción ninguna sobre nuestros sentidos, si su constitución es completamente diferente de las que nosotros ó nuestros antecesores han hallado diariamente en su paso; así supongo, por ejemplo, que se llegue á descubrir una planta extraordinariamente rara que contenga un peligroso alcaloide desconocido hasta el presente de nosotros ó de nuestros antecesores. Como este agente tendría casi todas las propiedades químicas y físicas de los demás alcaloides, sería muy posible que le halláramos amargo como la estrignina ó la quinina. Si, por el contrario, esta nueva sustancia tuviera, aun siendo perjudicial, casi todas las propiedades químicas del azúcar, es probable que nos parecería azucarada, y que no podríamos distinguirla de un alimento sano y útil. De este modo pueden producirse artificialmente cuerpos peligrosos para la respiración ó el alimento, los que, sin embargo, no obran sobre nuestros sentidos. Por ejemplo, los cianuros y el ácido cianhídrico, que no se encuentran más que en pequeñas cantidades en la naturaleza, no tienen un gusto desagradable; por más que su sabor sea más acentuado. El óxido de carbono,

gas muy tóxico, no tiene ningún olor, mientras que el selenhídrico, que no se produce más que en corta cantidad, tiene un olor muy fétido. Esta fetidez parece que es debida á que, asemejándose este cuerpo mucho por sus propiedades químicas al ácido sulfhídrico, y obrando probablemente sobre nuestros sentidos del mismo modo, la percepción es casi igual, y el instinto deduce que el hidrógeno seleniado es fétido, porque lo es el hidrógeno sulfurado.

No hay pues solamente la ley de la *nocividad*, sino que existe la de la *inutilidad*. Todo lo que es inútil nos repugna. Los productos de secreción nos inspiran, por su aspecto y su olor, una viva repugnancia. Al que permanece algún tiempo entre estos cuerpos, se encuentra con que obran sobre él tanto más, cuanto más cerca se hallan, y el instinto le manda que se desembarace de ellos. No era necesario un instinto especial para advertirnos que son peligrosas las sales de magnesio; basta que el gusto esté desagradablemente impresionado y que las sales de magnesio sean amargas; mientras que para las excreciones había que tener repulsión, á fin de que no nos ensuciaran, de manera que nuestro asco hácia las sales de magnesio es puramente gustativo, mientras que para los productos, este instinto está provocado á un tiempo por la vista, el tacto y el olfato.

El asco es, pues, en último término, un sentimiento instintivo de protección, variable según las especies, variable también según la alimentación, el hábito y la alimentación de los individuos. Pero bajo esta aparente diversidad, hay una ley general que es la finalidad, y sólo por casualidad, nuestro asco se refiere á este ó al otro ser, á esta ó á la otra sustancia. Es la consecuencia de la herencia que ha enseñado á nuestros antecesores que estos animales y estas sustancias debían ser peligrosas para nosotros. Así es, que el instinto no puede juzgar más que de la forma y de la apariencia; no vá al fondo de las cosas y no separa los objetos que son perjudiciales, de los que lo parecen.

La asociación de las ideas hace que para provocar el gusto ó el asco, baste un recuerdo que hasta parece muy lejano. Cuando nos hablan de un sapo, pensamos en este animal y tenemos asco; pero mientras se habla del sapo, puede considerársele bajo un punto de vista especial; por ejemplo, bajo el punto de vista de su uti-

lidad, de su necesidad en la agricultura, de sus costumbres, de su constitución fisiológica, y entonces cambiaremos de idea y se irá borrando el asco. En poesía, en pintura, en escultura, el arte estriba en convertir las imágenes repugnantes en agradables imágenes y dar al cuadro un preciso sentido, una idea dominante. Este arte es profundamente misterioso, y sus leyes son y permanecerán probablemente desconocidas, sintiéndolas más bien que definiéndolas los grandes artistas. Pero en todo caso es necesario que la última impresión resultante de la vista del conjunto, sea una percepción agradable, y si no es así, el pintor ó el poeta serán indignos de su arte y no conocerán en manera alguna las leyes del pensamiento humano.

CÁRLOS RICHTER.

Traducción de M. Tolosa y Latour.

## PROTECCION Y LIBRE CAMBIO.\*

### II

Sin duda que el comercio extranjero tiene algunos inconvenientes; pero, ¿está exenta de ellos la producción interior? En todo caso, ese comercio tiene la inapreciable ventaja de extender el círculo de sus cambios, de multiplicarlos más y más, y de disminuir considerablemente, por lo mismo, los riesgos de los que los verifican. Bajo este punto de vista, ofrece las mismas ventajas que el seguro mútuo, del cual tiene todos los caracteres; y los beneficios que procura son tanto más grandes, cuanto mayor es la escala en que procede, como es fácil ver y convencerse consultando los hechos que hacen relación al comercio de granos.

Cuando el comercio de granos con el extranjero se halla prohibido, se sufren las vicisitudes de la producción agrícola sin atenuación alguna; si la abundancia de la producción es extraordinaria, el agricultor pierde, y si lo es la escasez, el consumidor sufre extraordinariamente; y, ¡contraste extraño! no es raro ver provincias fronterizas en las cuales el grano está estremadamente caro ó barato, en contacto con otras provincias del país vecino, en las cuales no existen tales extremos. ¿Cómo en semejantes circunstancias persuadir á un agricultor que se arruina, de la conveniencia de no vender su grano á un vecino extranjero que se lo pagaría

\* Véase el número 224, pág. 722.

á un precio remunerador; cómo persuadir á un consumidor de la necesidad de no comprar á su puerta un alimento indispensable que se le dá barato?

La prohibicion tiene sus atenuaciones, es verdad, pero suelen venir estas muy tarde; además, los países vecinos cuyos arreglos sociales se ven perturbados por esas atenuaciones, se oponen á ellas muchas veces. ¿Y por qué esos países se han de prestar á las miras egoistas de un pueblo que no recurre á ellos, que no les abre su mercado sino con el fin manifiesto de aprovecharse siempre de su comercio sin la debida correspondencia? Si un individuo procediera así con sus conciudadanos, seria reputado por todos ellos como un hombre sórdido y detestable, y obtendría el menosprecio general. ¿Cómo creer que lo que es malo en un individuo, pueda ser bueno tratándose de todo un pueblo.

Cuando el comercio de granos es libre, se hace entre las naciones una especie de arreglo, semejante á los que se hacen en el interior de cada una, de donde resulta la mejor manera de arreglar las tierras, sobre todo para trigo; así, que todos los mercados se hallan más provistos. La libertad de comercio hace, pues, que en los países especialmente agrícolas, se espere una demanda corriente y regular de trigo todos los años, lo cual sirve de base ó dato para disponer su cultivo, cosa que no puede hacerse de ningún modo con el sistema elástico de la prohibicion, que no pide nada algunos años, y que en otros pide demasiado. Con él, los países agrícolas no pueden cultivar sino sólo para sí mismos; de suerte que toda demanda extranjera es siempre inesperada, y causa siempre perjuicios considerables á los consumidores ordinarios. La libertad, haciendo desaparecer ese desorden, establece á la vez el mejor estar y la justicia para todos, en tanto cuanto la naturaleza de las cosas lo permite.

Es evidente que lo que sucede con el trigo, sucede con todos los demás productos. En cuanto á la concurrencia que los diferentes países se hacen entre sí en sus mercados comunes, si es que tiene algun inconveniente, es debido tambien á la proteccion. Si esta no permitiera producir en malas condiciones en ningún país; no ocasionaria entre diferentes países las desigualdades que dan ocasion á las quejas. ¿Y qué pensar de esas primas que suele concederse á la exportacion para compensar semejantes desigualdades? Hay locura ya en un país cuando impone sacrificios á sus propios consumidores, al proteger una industria que no sabe existir en condiciones comunes á las demás industrias: pero, imponerlos en favor de los consumidores extranjeros; hacer por cuenta propia una

reduccion del precio, y todo eso sólo para que esa calamitosa industria pueda esponder sus productos... En verdad que no se podría creer, si no presenciáramos los hechos, que vendan nuestros ojos y confunden nuestra razon.

Pero es preciso una máxima, y para tenerla es necesario un comercio extranjero, cueste lo que cueste. Claro es que este argumento no es adaptable á todo país, porque no todos pueden tener marina, lo cual no impide que la proteccion convenga á todos ellos, segun los proteccionistas. Pues bien; admitamos que sea necesaria una marina, aunque cueste lo que cueste lo cual no está demostrado. ¿Se sigue de ahí que sea de necesidad recurrir á la proteccion para obtenerla? Si el Estado quiere de veras buques y marinos, que los pague; pero directamente, sin faltar á la justicia distributiva del país, ni falsear el principio de su legislacion; sobre todo, que no tome de los contribuyentes, ó permita que otros tomen diez, ciento ó más veces quizá que lo que cueste la marina, como lo hace por el medio capcioso de la proteccion, el más desigual, más pesado, y más deplorable de todos los impuestos.

Es evidente que no todos los pueblos pueden luchar con armas iguales en ciertos servicios internacionales, particularmente cuando se trata de trasportes marítimos; pero la mayor parte deben resignarse con esa inferioridad, que no los humilla de ninguna manera, puesto que pueden compensar esa inferioridad con superioridad acaso más meritoria. En cuanto á los que se creen en posicion de sostener esa concurrencia con los más aventajados, deben hacerlo á medida de sus recursos naturales, sin pedir nada á la proteccion, apoyo engañoso, que no proporciona fuerza á unos, sino quitándola á otros; que, en todo caso, toma más que dá, jamás satisface completamente á nadie.

Dicen los proteccionistas, que hay ciertos productos que se deben obtener siempre con perfecta independencia del extranjero, cuales son los que atañen á la guerra sobre todo, como armas, pólvora, etc. Tampoco este argumento es aplicable á todos los países, puesto que no todos pueden producir hierro, azufre, salitre, carbon etc.; es falso además, aun respecto á los países que pueden producir esas cosas, porque sabemos por experiencia que jamás han carecido los que no pueden producir de provisiones de guerra, cuando han tenido cómo pagarlas. Lo que hay que producir ante todo es riqueza, aun en prevision de guerra. De cualquiera manera que sea, á ménos de abrigar la bárbara pretension de subyugar á sus vecinos, es siempre insensato por demás, condenarse durante la paz al régimen de guerra; lo cual equivale á

considerarse en buena salud al régimen de enfermo. Si todos los habitantes de un país arreglasen su economía privada en previsión de la guerra siempre, ¿qué vendría á ser ese país? La desolación, la ruina. Además, el medio más seguro de evitar la guerra en nuestra época, es el de no provocarla; y en todo caso, vale más templar las exigencias de la guerra á las de la paz, que proceder en sentido contrario. Mas todavía, dado que la guerra fuera inevitable, aun habria tiempo de prepararse, sobre todo no tratándose, como sucede en todos los pueblos europeos, sino de los últimos preparativos; y no hay cómo olvidarlo, un pueblo rico tiene siempre más recursos para hacerla que otro pobre. Tomado al pié de la letra, como lo hacen los proteccionistas el famoso proverbio, *si quieres paz, prepárate para la guerra*, significa que es preciso estar siempre con el arma al brazo, es decir, que es preciso imponerse permanentemente los sacrificios que la guerra impone accidentalmente.... ¡Centinela alerta! Hé ahí las dos palabras que expresan el ideal de la prudencia proteccionista en tiempos de paz.

Con este motivo, no estarán por demás cuatro palabras dedicadas al régimen colonial, basado en un lastimoso error, por medio del cual determinados pueblos pagaban más caro que sus vecinos, y continuaban pagando aún algunos, todas las mercancías coloniales, sin otra compensación que la vanagloria de poseer tierras lejanas, bien que no las puedan conservar en general, cuyos habitantes en su inmensa mayoría son pobrísimos, y siempre inclinados á la revuelta. Y, no hay que olvidarlo, sólo á las colonias fundadas por los europeos es debida la lepra infecta de la esclavitud moderna.

El pacto de familia, que ligaba algunas naciones y que se observó por mucho tiempo en sus colonias, ha terminado en fin, con gran satisfacción de los ilustrados apreciadores del comercio y de la industria. Jamás habia sido viable en todas sus partes, y lo que de él quedaba no era sino una amalgama de contradicciones irrisorias, en las cuales no habia podido creer la razón, á no ser por el testimonio irrecusable de la triste experiencia. Solo citaremos una de esas contradicciones de tan extravagante pacto.

Cada nación en él comprendida, debía servir de mercado exclusivo á sus colonias; y estas, á su vez, debían reservar exclusivamente el suyo á los productos respectivos de aquellas: pero sucedía que España, por ejemplo, no podría abastecer suficientemente los mercados de sus colonias, particularmente en la imperiosa necesidad de alimentos, y le fué necesario templar el rigor de las principales condiciones del pacto, como fué necesario que lo hiciese también Francia. No se verificó eso sino

á duras penas, porque el Arca Santa de la Protección, de la cual el sistema colonial era su bello ideal, tiene defensores por dó quiera, y no faltaba quien hubiera preferido que perecieran las colonias antes que su dogmático principio. Sin embargo, no se llegó á tanto, y los colonos fueron autorizados para proveerse de alimentos de los países vecinos; y hé ahí la contradicción: al paso que las colonias dejaban de ser un mercado exclusivo para nosotros, las naciones á que pertenecían debían continuar siendo el mercado exclusivo de sus colonias; así lo reclamaba *nuestra bandera*, nuestra marina protegida. Las colonias, como cualquiera otro país, no podían pagar sus exportaciones permanentemente, sino con sus exportaciones: pero si todas estas debían ir á su respectiva nación, ¿cómo habian de pagar las colonias las importaciones que no procedían de ella? Las pagaban, sin embargo, haciendo grandes sacrificios: pero claro es que estos no podían dejar de tener un término.

Las exportaciones en todo país, de una manera permanente por lo ménos, no pueden ser desiguales en valor á las importaciones, y no puede suceder otra cosa en las colonias: pero como estas dirigían todas las exportaciones á su respectiva nación, sin recibir de ella todas sus importaciones, y el comercio de aquellas era permitido sólo en bandera nacional, sucedía necesariamente, que muchos buques nacionales iban de vacío, ó poco ménos, en busca de carga, al paso que muchos extranjeros iban cargados para volver en lastre. Y, como, so pena de arruinarse los armadores, es preciso que el flete de todo buque cubra los gastos de ida y vuelta, tanto los nacionales como los extranjeros cobraban fletes muy subidos, cuyas consecuencias habian de pesar sobre las colonias.

En filosofía, en política y en religion, se ha podido dejar arrastrar el espíritu humano por extraños y funestos errores, y persistir en ellos; en economía política ha cometido dos verdaderamente muy considerables: *la esclavitud* y *la protección*: pero es preciso decirlo en justificacion de la economía política: sin la excitación ó por lo ménos sin el apoyo de la política pura, no habrían sido duraderos esos dos errores, dado que hubieran existido.

Siempre que el espíritu humano puede evadirse del yugo inflexible de la fuerza, que se impone á nombre de la autoridad, no se extravía por mucho tiempo; guiado por las necesidades, corregido por el sufrimiento, puede tropezar y caer, pero llega siempre á ponerse en lo mejor posible, cuando no llega hasta la verdad; así que, sin asistencia de la autoridad y de la revelación, y aún podríamos decir, á pesar de ellas muchas veces, ha llegado á organizar lo que no dudamos en considerar como

las más maravillosas instituciones sociales; la division del trabajo y la distribucion de la riqueza. En esta consideracion y en las reflexiones que sugiere, hallamos un manantial fecundo de enseñanza para el porvenir de las sociedades modernas.

X...

## HISTORIA DE UN MINUTO.

El tren reguló su marcha y poco á poco fué perdiendo velocidad, las luces y el ruido se iban aproximando, y entramos por fin en la estacion.

—Alcázar de San Juan,—replicó una voz distinitas veces.

Habíamos de aguardar el empalme del tren de Ciudad-Real, y aunque no por mucho tiempo, los viajeros bajaban á descansar y á tomar chocolate en la fonda.

En sentido inverso y en la via próxima, esperaba tambien el tren descendente que debía marchar al mismo tiempo que el nuestro.

Yo no tenía gana de bajar, y permanecí en la ventanilla, mirando al cielo y dejando vagar mi pensamiento sin rumbo fijo y sin freno alguno.

No podría decir lo que en aquel momento pensaba. Era en muchas cosas y no era en nada. Pensaba en lo que había dejado y en lo que iba á encontrar; pensaba en la mujer que perdía y en la que podía hallar; pensaba con los placeres pasados y soñaba con los del porvenir y tan pronto serio, tan pronto risueño, mi cara reflejaba como un espejo las impresiones de mi alma.

Soy muy aficionado al canto, y sin querer tarareaba un cantar que al salir de la hermosa tierra de la sal y el sol había oído:

—Dos buques en alta mar  
cruzáronse entre la bruma:  
ibá el uno, venia el otro  
y no han vuelto á verse nunca.

Y sin querer pensaba en la filosofía que aquella poética cancion podía tener. Mis ojos, hasta entonces distraidos y medio cerrados, miraron á su alrededor y se fijaron sin querer en la ventanilla del coche de enfrente.

Si fuera posible que la pluma expresara lo que se siente, ya con la mia os haría comprender lo que entonces sentí, pero en la imposibilidad de hacerlo, he de contentarme con indicároslo ligeramente.

Yo sentí entonces pena y alegría, sentí recuerdos, sentí esperanzas. Pero no eran mis recuerdos

los que anteriormente me asaltaban, no eran mis esperanzas las mismas que antes me halagaban, no eran mis alegrías las alegrías de lo pasado, no eran mis penas la memoria de mis desdichas. Tenía pena por no haber visto antes á aquella niña, alegría por haberla encontrado, recuerdos de sus ojos, esperanza de sus amores. Y todo en un minuto, todo en un instante.

Como si todo mi calor se hubiera reconcentrado en mi corazon sentí frio, y como si toda mi vida se hubiera resumido en mis ojos, no pensé, ni hablé, ni respiré; miraba.

Y al mirarla la decía cuanto hubiera podido decirle con mis labios, más aun.

Que decían mis ojos:

Por fin te encontré, por fin he llegado á verte. Yo te esperaba como á una cosa que nos anuncian, te quería como á un objeto que desde el nacer vemos. En mis sueños veía tu imagen y tu sonrisa era tras de mis penas el iris de mis alegrías.

Y he buscado tu imagen y tu sonrisa en la cara de todas las mujeres, y cuando creía encontrarla, el desengaño mataba mis ilusiones; á la imagen y á la sonrisa que creía encontrar las faltaban tus ojos. Hoy, por fin, al encontrarte, mi alma, saluda á la tuya con el amor de la hermana cariñosa, y mi corazon ajusta sus latidos á los del tuyo ¡Bienvenida! te dicen mis esperanzas ¡bendita seas! te repiten mis supiros.

Y los suyos me respondian:

Yo tambien sin haberte visto te conocia. Es para mí el suave murmullo de la noche en el estio, el rumor quejumbroso del arroyo al deslizarse por la montaña que corona mi pueblecito; eras el canto del ave saludando al dia, el gallardo cabeceo de las flores doblegándose entre la brisa de la tarde, el primer rayo del sol que se levanta, el último fulgor de la estrella que se apaga.

Cuando arrobada contemplaba todo esto, lo oía y lo saboreaba, cuando creí por vez primera, cuando por primera vez sentí, entonces te tenía á mi lado, entonces te buscaba, desde entonces te quiero.

—¿Me quieres?—preguntaban mis ojos.

—Te quiero,—me repetian los suyos.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Como ahora?

—Como antes.

Y aquella impresion de sus ojos, en vez de alegrarme; me entristeció.

Como antes parecian repetir los cantos indefinibles de los campos, como antes repetia el eco perdiéndose entre dos lejanas sombras; como antes, pareció decir el silbido de la locomotora, rasgando el espacio. Y eran aquellas repeticiones del

pensamiento de la niña, no como suspiro cariñoso que adormece, sino como quejido lastimero que hace llorar.

Ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta del tiempo trascurrido y no notamos que los viajeros iban entrando en los coches llamados por el sonido chillón de una campana.

Nuestros ojos no cesaban de mirarse y de entenderse, y los míos repetían la última expresión que habían leído en los suyos.

¡Como antes!

Poco á poco parecía que nos alejábamos el uno del otro, y de repente perdí á la niña como si se hubiese evaporado en el espacio. Sin notarlo ninguno de los dos, los trenes se habían puesto en marcha, llevándose envueltas en humo nuestra ilusión.

Quise arrojarme del tren, quise llorar, quise gritar y no pude; y sin darme cuenta, mirando á los lejanos horizontes, repetían mis labios aquel mismo cantar que poco antes había entonado.

«Dos buques en alta mar

Cruzarónse entre la bruma,

Iba el uno, venía el otro

Y no han vuelto á verse nunca»

Y entonces ya comprendía lo que aquel cantar expresaba, entonces ya adivinaba su filosofía.

No sé si aquella niña se habrá acordado alguna vez de mí; no sé si aquel minuto habrá quedado para formar parte de otras horas de su vida. Yo nunca olvidaré aquella fantástica aparición.

Fueron dos buques, sí, nuestros corazones, que se cruzaron y que se perdieron, y razón tenían los ojos de la niña y el murmullo del campo y el rumor de la noche y aquel triste silbido cuando aseguraban que me amaría como antes.

Pero muchas veces, cuando tengo penas, cuando sufro ó cuando rabio, aún mistigo mis males, mis furores, aún soy feliz, cerrando mis ojos y recordando.

Y aún son mi consuelo los ojos de aquella niña, y sin querer, bajito, muy bajito, repiten los latidos de mi corazón esta historia que me hizo un minuto feliz.

LUIS DE SANTA ANA.

## UN DRAMA EN EL DESIERTO.\*

### CAPITULO XXI.

Marcha nocturna.—Los buscadores de oro.—Camellos con botas.—Serpientes cornudas.—Sembrar carbon para recojer oro.—Noticias curiosas.—Pensamientos de Meneses.—Allí se explica.

Hacia ya mucho tiempo que los últimos rayos del sol habían abandonado las estensas llanuras del gran desierto de Sahara, en las cuales reinaba ahora la oscuridad más completa y el más profundo silencio, interrumpido sólo por las apagadas voces de unos 40 viajeros montados en camellos.

Eran los buscadores de oro que marchaban á hacer la colecta del precioso metal que había de figurar despues en los bazares de Túnez.

El orden de marcha de la caravana, en la cual se notaba la falta absoluta de caballos y peatones, era el siguiente:

Todos los camellos marchaban en orden de batalla, algo separados unos de otros, llevando dos personas cada camello.

Mister Cugnigan y su hija ocupaban el centro de la línea, á su derecha marchaban los dos españoles, y Allí y el maltés á su izquierda.

Estos tres camellos eran los únicos que marchaban bastante cerca para que los que llevaban sobre sus lomos pudieran sostener una conversacion sin alzar demasiado la voz; en cuanto á los demás, como no iban allí por pasar el tiempo, se alejaban unos de otros lo suficiente para que, sin perderse de vista por completo, pudieran abarcar el mayor espacio posible. Sentado sobre la jiba del camello, con las piernas cruzadas y la pipa en la boca, Mister Cugnigan se dejaba llevar á través de la oscuridad, sin volver la cabeza hácia ningun lado, y sin apercibirse quizá de lo que en torno suyo sucedía.

Miss Débora y Gomez escuchaban al maltés, y Meneses parecía sumido en graves meditaciones, y se mostraba tan taciturno como el inglés.

—Teneis que explicarme,—decía Gomez al maltés,—una cosa que me está llamando la atencion desde que salimos del campamento.

—Veamos.

—¿Por qué motivo las patas de los camellos que montamos van cubiertas con grandes botas de cuero?

—Por la misma causa que nos ha impedido traer en nuestra compañía caballos y gente á pié.

Aquí, entre estas abrasadas arenas, se abrigan

\* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 212, 216, 217, 220, 221, 222, 223 y 224.

multitud de escorpiones negros y serpientes cornudas que salen á gozar de la frescura de la noche y cuyas mordeduras son mortales.

—Habeis dicho culebras cornudas: ¿las hay realmente, ó es que los naturales las dan ese nombre? —preguntó Gomez.

—Las hay real y positivamente, y mil veces he tenido ocasion de verlas.

—Tienen ciento cuarenta y siete chapas semi-circulares que, como sucede en todas las culebras, ocupan la parte inferior de su vientre, y debajo de la cola treinta y dos pares, pues, como sabeis, en este sitio tienen estos reptiles más pequeñas y más pareadas las chapas; su color general es amarillento, realzado con manchas oscuras que forman fajitas transversales, y encima de cada ojo tienen un cuernecito móvil que les ha valido el nombre que llevan.

—Es verdad! —esclamó Miss Débora dándose una palmada en la frente;—yo he visto unas culebras semejantes en unas reproducciones de jeroglíficos egipcios, y creyendo que serian animales fantásticos, me dijo mi aya que existian realmente y que la ciencia los conocia con el nombre de *leucuber cerastes*.

—No os parece, —observó Gomez, —que los cerastos y los escorpiones se asemejan mucho á los monstruos que defendian los tesoros antiguos.

—Es que Africa ha sido y será aun por mucho tiempo el país de los prodigios, la tierra que producía los magníficos frutos que Hércules robó del jardin de las Hespérides, la patria del leon, el continente cuyas orillas baña el mar Rojo que sepultó el ejército de Faraon, y en cuyo centro se estiende este mar de arena que pisamos, marchando quizá sobre los huesos de Cambises y sus soldados, sepultados por el terrible simoun.

Desde Herodoto hasta nuestros tiempos, el Africa ha sido el país más curioso de los que el viajero y el sábio han podido visitar.

Pero volviendo á nuestra conversacion, quisiera saber lo que hacemos en este momento.

—Buscamos oro, —respondió el maltés.

—Ya sé que ese es el objeto de nuestra excursion, pero hasta ahora no he visto hacer nada.

—Es porque no os habeis fijado; por lo demás están trabajando desde hace tiempo.

—Pues yo tampoco he notado nada, —observó Gomez.

—No tiene nada de extraño porque la oscuridad es grande, y no estando en antecedentes pasan desapercibidas muchas cosas.

Pero fijad en el suelo vuestras miradas. ¿Qué veis?

—Nada, —dijo Gomez;—tan sólo arena.

—Y entre sus granos, —añadió Miss Débora, —algunos que brillan en la oscuridad.

—Pues ese es el oro.

—Entonces hemos dejado mucho detrás de nosotros.

—Lo dejamos por ahora, pero mañana lo recogeremos; de nada nos serviría haber calzado las botas de cuero á los camellos si cometiéramos la imprudencia de bajarnos para recoger el oro que hollamos.

Cada uno de nuestros hombres vá provisto de un saco de carbon pulverizado del que arroja puñados donde quiera que nota en la arena ese brillo fosforescente que os llamó la atencion.

Mientras luce el sol, las arenas auríferas no se diferencian en nada de las demás, pero merced al polvo de carbon que vamos sembrando, mañana reconoceremos el sitio donde se encuentra el oro, y volveremos á recogerlo sin temer entonces la terrible mordedura de los escorpiones negros ó de las serpientes cornudas.

—De esa suerte, —dijo Gomez, —recogereis tanta parte de arena sin valor como de oro, puesto que no podeis distinguirla.

—Así es, en efecto; pero obviamos este inconveniente lavando las arenas, de la manera siguiente.

En primer lugar empezamos por pasar las arenas por un cedazo para separar las piedras y objetos extraños que pueda haber mezclados con ellas, y despues las lavamos en artesas inclinadas cuyo fondo está lleno de ranuras.

Una corriente de agua atraviesa la artesa, en la cual un moro armado con una escoba de palma agita constantemente las arenas.

Separado de esta suerte el oro de las materias que lo envuelven, se destaca de ellas y cae en las ranuras, donde queda detenido mientras que la corriente arrastra la mayor parte de la arena.

—Bien, —replicó Gomez, —pero dé todos modos queda con el oro mezclada mucha arena.

—Queda bastante; pero es una arena muy rica, ya en metal, que es preciso someter á la *amalgamacion*, que es el mismo proceder que se emplea para extraer el oro de las piritas y de los cuarzos.

Para esto se echa el polvo aurífero mezclado con agua en un molino en forma de embudo cuya cavidad está casi totalmente ocupada por la muela, que es de madera, y el fondo lleno de mercurio.

Agitado el mineral con el mercurio se llega á confundir con él, quedando solo en el agua las arenas y cuerpos extraños.

Cuando ha terminado esta operacion se deja escurrir el agua, y depositando la masa de mercurio y oro en una piel de gamuza, se aprieta y el mercurio se escapa por los poros quedando solo

una amalgama sólida de la cual se extrae el mercurio por medio de la destilación.

—¿Produce mucho oro este país?—preguntó Gomez.

—Muy poco, y sin embargo dá para vivir á algunos pueblos fronterizos al desierto; aquí vendremos á sacar un año con otro 1.500 á 2.000 kilogramos.

El maltés, que estaba muy enterado en estas materias, y Gomez y Miss Débora que no cesaban de hacer preguntas, siguieron hablando aun largo tiempo, y cuando amaneció se encontraron fuera del desierto, marchando hácia el sitio donde estaba establecido el campamento.

Durante la noche, y sin que se hubieran apercebido de ello, engolfados como estaban en su conversacion, la caravana habia girado sobre uno de sus flancos; de suerte que poco antes de salir el sol estaba ya fuera de los límites del desierto, del cual habian recorrido un buen espacio.

Pero no eran sólo los jóvenes los que habian pasado la noche charlando.

Tambien Meneses habia tenido una larga é interesante conversacion con el guía Ali, con quien compartia el camello.

Meneses, como hemos dicho, marchaba meditabundo y cabizbajo sin parar la atencion en nada de lo que en torno suyo sucedia.

Pensaba en Miss Débora, de la cual habia querido hacer su esposa; no por que las gracias y el talento de la jóven hubieran cautivado su corazón, sino por que era rica, y con su ayuda pensaba salir de la estrecha esfera que la suerte le habia trazado, y agitarse en círculos superiores á los que de otro modo jamás hubiera podido llegar.

A su vista perspicaz no podia ocultarse que Gomez, ménos osado que él, habia logrado captarse el cariño de la hermosa inglesa; y muchas señales imperceptibles le habian hecho adivinar que los jóvenes se amaban.

A esto, que tan profundamente trastornaba sus ambiciosos planes, habia que añadir las burlas, inocentes las más veces, de que habia sido objeto por parte de Miss Débora, y las muchas veces que Gomez se habia mostrado, en medio de su franca sencillez, mucho más noble y valiente que él; y de esta suerte se comprenderá perfectamente el profundo odio que abrigaba contra su amigo, y lo mucho que su imaginacion trabajaba para encontrar una venganza digna y provechosa.

Meneses queria vengarse de Gomez y de Miss Débora, pero sin que esto pudiera impedir el logro de sus miras.

Dotado de un alma rastrea y de un carácter tenaz, el jóven comisionista no era de aquellos que

se detienen al primer contratiempo, ni se detienen ante el primer obstáculo.

Le hacia falta para ser rico que Miss Débora fuere su esposa, y habia resuelto casarse con ella.

Miss Débora no le queria, y en cambio amaba á Gomez.

—¿Qué importa?—se dijo;—yo no aspiro á su amor; con su dote me contento; y de grado ó por fuerza ha de ser mia.

Gomez es un obstáculo: pues bien, yo lo apartaré de mi camino, ó lo romperé si fuere necesario.

Tomada esta resolucion, anudó con el Bicestino sus tenebrosas relaciones, que terminaron tan repentina como trágicamente el dia de la salida de Kebilli. La muerte de Mohamet el Bicestino habia dado mucho que pensar á Meneses.

Por lo pronto le privaba de un auxiliar poderoso por medio del cual se habia puesto en relaciones con los árabes del desierto, con los terribles beduinos que habian de robar para él á la hermosa jóven, y retener cautivos á su padre y á los demás individuos que formaban parte en la caravana.

Entonces, él se precipitaria sobre los raptores, arrebataria de sus manos á Miss Débora y después de ponerla en lugar seguro, conseguiria el rescate de su padre.

Los demás se arreglarían como pudieran: él no tenia que ver con ellos.

Naturalmente su noble conducta seria apreciada por la jóven, que viendo en él al salvador de su padre y al de ella misma, olvidaria la pasajera inclinacion que abrigó por Gomez; al cual, por otra parte, no debia volver á ver.

Esto sin contar con que pensaba mientras que la jóven estuviera en su poder, hacer de suerte que ella misma fuera luego la que más empeño tuviera en llevar á cabo su union.

Para este magnífico plan estaba todo pronto; y atados todos los cabos.

Mohamed el Bicestino habia hablado y pagado ya á los beduinos que debian asaltar la caravana en el momento que entrara en el desierto en busca del oro en polvo; les habia dicho que permitieran al cristiano que montaba un caballo alazán arrebatarse la jóven de cabellos de oro y les habia encargado además que fingieran perseguirlo para dar más colorido á la farsa.

Nada faltaba, ni aún el proyecto que habia formado Meneses de alojar una bala en la cabeza del Bicestino para librarse de un cómplice demasiado bien enterado.

Y todo esto era muy verosímil y muy fácil.

Todos los dias esos piratas del desierto, que se llaman los beduinos, atacan las caravanas y cautivan á los viajeros para darles luego la libertad mediante un rescate más ó ménos grande.



Todos los días se encuentran moros muertos en los desiertos campos del Africa, y nadie se habria de admirar por que el Bicestino fuera de este número.

El plan estaba completo; faltaba solo empezar á ejecutarlo, cuando la muerte de Hamet vino á evocar los terribles fantasmas de la duda en el cerebro del jóven.

—¿Quién habia matado al Bicestino?

—¿Serian los árabes, que despues de haber cobrado adelantada la mitad de la suma que les habia prometido encontrarían más cómodo dar el golpe por su cuenta?

—Pero esto no era solo; la muerte de su caballo alazan, único de este color que habia en la caravana, era un nuevo obstáculo que una mano invisible alzaba delante del crimen que se proponia llevar á cabo.

Estos eran los problemas que se agitaban en la mente del jóven, y por eso marchaba cabizbajo sobre su camello, sin pensar en mezclarse en la animada conversacion que sostenian sus vecinos.

Durante la primera parte del viaje, Alí habia respetado el silencio del cristiano; pero en el momento en que la extensa línea de batalla que formaban los camellos empezó á ejecutar su movimiento de conversion para regresar al campamento, el moro puso una mano sobre el hombro de Meneses, sentado delante de él, diciéndole:

—Dios ha hecho al hombre tan fuerte como la palmera, que jamás se inclina ante el huracan.

—¿Qué dices?—preguntó el jóven admirado.

—Que el pesar abate tu frente como si fueras una mujer ó un judío.

El comisionista se estremeció, pero guardó silencio; tenia miedo de que hubieran adivinado sus pensamientos, y queria antes de aventurar una respuesta ver hasta qué punto estaba Alí enterado.

—Si un amigo falta,—prosiguió el moro,—se busca otro; hay muchos hombres en el mundo.

Te afije la muerte del Bicestino; sientes que tu caballo alazan haya perecido, pero no piensas en que un caballo se reemplaza con otro caballo, un amigo con otro amigo.

Meneses sintió un frio poderoso, intenso, extenderse por todo su cuerpo y penetrar hasta la médula de sus huesos; quiso hablar, y su voz no pudo pasar de la garganta.

En tanto Alí, sin notar al parecer la turbacion de su compañero, seguia diciendo:

—Sidi Hamet tenia cuerpo de hombre y corazon de mujer; los secretos que guardaba no estaban más seguros que el agua en una cesta de mimbrés.

—¿Qué ha dicho?—preguntó Meneses con apagado acento.

—Todo lo que trató con los beduinos.

—¡Infame!—exclamó el jóven involuntariamente.

—Yo, que soy un hombre, cerré sus lábios.

—Tú lo mataste,—dijo Meneses volviéndose con tanta viveza que estuvo á punto de caer del camello.

—Cuidado,—dijo Alí sujetándole,—caer en este sitio es muy peligroso; estamos pisando sobre una alfombra de escorpiones y serpientes.

—¿Tú lo mataste?—volvió á preguntar Meneses asegurándose á la albarda.

—Sí.

—¿Por qué?

—Hamet tenia lengua de mujer, hablaba demasiado.

—¿Qué te dijo?

—Todo.

—¿A tí sólo?

—Sólo á mí; por eso lo maté.

Meneses echó mano á la cintura donde llevaba un cuchillo de monte, y se disponia á sacarlo para herir en la oscuridad á su compañero, cuando éste, que sin duda habia adivinado su pensamiento, le sujetó el brazo, diciéndole:

—Guarda ese cuchillo, que sólo debe brillar contra los enemigos.

—Tú que eres el asesino de Hamet.

—Lo fui por servirte.

—¿A mí?

—Hamet hablaba demasiado; yo soy mudo, y lo haré mejor que él.

—¿Tú!

—Yo.

Meneses reflexionó durante algunos segundos, despues de los cuales murmuró en voz baja:

—Sí, pero ahora todo está perdido; tendremos que volver á empezar de nuevo.

—No, por que yo seguí la obra de Hamet.

—¿Y mi caballo muerto?

—Ya lo saben los beduinos.

—¿Los has visto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando sacamos al cristiano mudo de la trampa de la pantera.

Meneses pareció satisfecho, y todo el resto de la noche estuvo hablando en voz baja con Alí.

## CAPÍTULO XXII.

Descanso.—Los gorriones.—La ciencia de Alí.—Mustafá en marcha.—El oasis.—La gacela.—Separacion.—Temores.—El faro.—Comida silenciosa.—En busca de Gomez.—La sorpresa.

En cuanto llegaron al campamento los buscadores de oro, almorzaron ligeramente lo que les tenian preparado algunos moros que habian queda-

do al cuidado de las tiendas, y luego se acostaron á descansar un poco, pues á las ocho tenían que ponerse de nuevo en marcha para recoger el oro cuyo criadero habían señalado la noche ántes con polvo de carbon.

El campamento que tan animado aspecto ofrecia á la llegada de la caravana, fué poco á poco quedando desierto y silencioso.

Los moros principales y los europeos se recojieron en sus tiendas, y los pobres que no contaban con algunas varas de lona para resguardarse de los ardientes rayos del sol, se acostaban tranquilamente en el suelo, buscando la sombra que proyectaban las portátiles casas de los ricos.

Media hora despues de llegar la caravana, todos dormian en el campamento; los caballos agachaban la cabeza para librarse mejor del calor y entornaban los ojos y espantaban con el continuo movimiento de sus colas el enjambre de moscas y mosquitos que giraba en torno suyo; los camellos, tumbados en el suelo y libres ya de las botas que habian calzado toda la noche, comian gravemente la cebada que les habian puesto delante, y parecian manifestar con sus grunidos el placer que les causaba aquel descanso.

Los gorriones, esos piratas del aire que ejercen sus correrias por todo el orbe habitado; esos parásitos alados que practicando las doctrinas que muchos hombres empiezan á predicar en este siglo, toman su alimento allí donde lo encuentran, sin respetar ni el sagrado del granero, ni las guardadas eras, apercibiéndose de lo que sucedia en el campamento, bajaban á él en grandes bandadas á disputarse ruidosamente los granos que los caballos no habian podido recoger, y llevando su audacia hasta el punto de cercenar descaradamente la comida de los graves camellos.

Únicamente á la sombra de una tienda habia un hombre despierto.

Aquel hombre era el guia Ali.

Sentado sobre sus talones, con las rodillas casi al nivel de los hombros, que es la postura predilecta de los moros, se ocupaba en labrar con su gumia un trozo de caña.

Al cabo de algun tiempo le pareció que la caña estaba bien modelada; le hizo una punta parecida á la de una pluma, y envainó la gumia con aire satisfecho.

Efectivamente, lo que Ali habia querido hacer era una pluma de caña, como son las que se usan en Africa, y lo habia conseguido.

Concluida la pluma cogió un vasito que tenia al lado con una mezcla de agua, carbon y el zumo de unas yerbas, agitó su contenido con una astilla de caña, cerciorándose de que la mezcla estaba bastante espesa.

Sacó una hoja de papel de la bolsa de cuero que pendia de sus hombros, y apoyándola sobre sus rodillas empezó á escribir con ayuda de la pluma y de la tinta que habia fabricado.

Ali sabia leer casi de corrido, y cuando era necesario podia trazar su pensamiento sobre el papel con ayuda de esos signos semi-taquigráficos que forman el alfabeto árabe, por lo cual pasaba entre los suyos por hombre de una educacion esmerada.

Sin embargo, á pesar de sus vastos conocimientos, el guia no se mostraba muy amante de la lectura, y sólo escribia en ocasiones solemnes.

De suerte que cuando Ali, en vez de dormir como hacian sus compañecos, se ocupaba en escribir, debian suceder cosas muy graves.

Al verlo, no podia menos de notarse que no le era muy familiar el arte de la escritura.

Formaba las letras trabajosa y lentamente una á una, meditaba con cuidado la puntuacion y la ortografia, mucho más importante en el idioma árabe que en los europeos, y al cabo de una hora logró trazar cuatro ó cinco renglones, de los cuales pareció quedar satisfecho.

Hecho esto, vertió la tinta, quebró la pluma, enroyó el papel, que guardó en un canuto de caña, y marchó al centro del campamento, ocupado exclusivamente por los camellos, caballos y acémilas de la caravana.

Allí, acostado sobre la paja, dormia un muchacho de unos doce años, apretado contra un asno de poca alzada y piernas de alambre que estaba echado junto á él.

—¡Mustafá! ¡Mustafá!—dijo Ali á media voz, sacudiendo con el pié al chiquito.

—¿Quién va?—preguntó éste incorporándose y restregándose los ojos con los dos puños.

—Levántate que tienes que hacer.

—Aun falta una hora,—contestó Mustafá consultando la posicion del sol.

—Para que nos pongamos en marcha sí, pero para lo que vés á hacer ya es tiempo.

—¡Ah!—dijo el muchacho mirando fijamente al guia.

—Sabes el oasis de los Beni-Jarhat.

—Sí.

—Te atreverás á ir á él con tu borrico.

—Sí.

—Llevarás al Chekg esta carta mia; aquí la tienes dentro de esta caña.

—¿Cuánto me valdrá el viaje?—preguntó el chico tendiéndose perezosamente sobre la paja.

—Una piastra. Anda.

—Lo menos necesito tres horas para ir y volver,—contestó Mustafá bostezando de un modo colosal.

—Ya lo sé; anda.

—Es que dentro de una hora se ponen en marcha para recoger el oro; y como me echarán de menos.

—¿Tienes miedo á que te zurren?

—Ya lo creo.

—Vé sin cuidado, que yo lo evitaré todo, Mustafá hizo un gesto indescriptible y se volvió del otro lado.

—Tendrás dos piastra prosiguió Alí,—Mustafá empezó á roncar.

—Tres,—exclamó Alí viendo que el pillastre continuaba sin moverse.

—Si me dás cinco,—respondió Mustafá alzando la cabeza,—arriesgo la paliza.

—Bueno, echa á andar.

—Venga el dinero.

—Mira,—exclamó Alí cogiendo al muchacho por una oreja y obligándolo á levantarse,—mi palabra es una, y cuando vuelvas te daré lo prometido; pero si no te pones ahora mismo en camino te desuello vivo.

Mustafá conocía sin duda el carácter del guía, porque sin replicar más cojió su burro, salió del campamento y se alejó á buen paso sin que nadie notara su salida.

Alí lo vió alejarse, y cuando lo perdió de vista, buscó también un sitio apropiado y se acostó satisfecho.

Pasó una hora sin que turbara el silencio que reinaba en el campamento más que las agudas voces de los gorriones, que se disputaban algunos granos de cebada.

Después los durmientes, despertaron uno á uno, se batieron tiendas y empezaron á cargarse los camellos y acémilas.

La caravana debía abandonar el campo para establecerse en uno de los oasis cercanos, y explorar otra parte del desierto, hasta completar su precioso cargamento de oro.

A las once se puso por fin en marcha, y poco después llegaban al desierto, donde grandes manchones negros indicaban los sitios que abundaban en arenas auríferas.

Mientras los moros recojian á ciegas aquellas arenas con las cuales llenaban grandes sacos que cargaban después en los camellos y acémilas, los europeos, conducidos por el maltés, galopaban á través de la ardiente llanura en busca del oasis en que debían acampar y cuyos árboles se dibujaban apenas en el horizonte.

Aquel oasis era en extremo pequeño; componíanlo á lo más unas dos docenas de higueras, algunos cactus, muchos alves y algunas palmeras que parecían querer levantar hasta las nubes su elegante ramaje, más comparado con la monotonía, con la aridez de la inmensa llanura que se estendía

en torno suyo; era un lugar delicioso, y su vista produjo en los viajeros el mismo efecto que á los navegantes la del deseado puerto después de un largo viaje.

Allí había sombra, la brisa susurraba entre las ramas de las higueras cargadas de fruto que centenares de picafigos (*motacilla ficedula*) merodeaban tranquilamente ensordeciendo el aire con sus melodiosos trinos; el suelo estaba tapizado por una yerba verde como la esmeralda, por entre la cual corría un hilo de agua que se perdía al tocar con las abrasadas arenas.

Mientras estaban visitando aquel sitio, Diana levantó una pieza que, salvando dos ó tres matorrales con extraordinaria ligereza, dió á correr por el desierto, alejándose del oasis y de la caravana.

Era un animal poco más grande que Diana, de color oscuro, blanco el vientre y adornado los ancos con una lista negra.

Apenas lo vieron los viajeros salieron tras él, animando á sus caballos con el látigo y la espuela.

Todos habían reconocido en él una gacela, y querían, si era posible, cojer vivo á aquel precioso animal, cuyas elegantes formas y bellos ojos son para los árabes el tipo más acabado de la belleza.

Por eso, aun cuando más de una vez lo tuvieron á tiro, ninguno había querido disparar.

Miss Débora había declarado formalmente que antes renunciaba á poseerlo; que ver verter una sola gota de su sangre, y como los deseos de la linda inglesa eran terminantes órdenes para sus compañeros, corrían estos desafortunadamente sin pensar en sus carabinas, que hubieran simplificado mucho la caza.

Aquella desordenada carrera duró media hora.

El primero que se detuvo fué el maltés, después la joven y por último su padre y Meneses.

Era imposible sostener más tiempo aquel furioso galope bajo un sol de fuego y á través de una llanura tapizada de arena candente.

Miss Débora, jadeante, tuvo que apoyarse sobre el borren delantero de la silla; el maltés y Meneses estaban inundados de sudor, y Mister Cugnigan había tomado un tinte rojo tan subido, que por un momento pudo temerse que sufriera algún ataque apoplético.

En tanto, la gacela corría, ó más bien, volaba sobre la arena, seguida siempre de Gomez y Diana, que no habían querido resignarse á abandonar su presa.

Cuando Miss Débora pudo hablar, dió varias voces llamando á Gomez, pero inútilmente, porque la distancia era demasiado grande para que pudiera oírla.

Con el mismo objeto é idéntico resultado descargó Mister Cugnigan su carabina.

Gomez seguía corriendo; y en breve, él, Diana y la gacela desaparecieron, envueltos en una nube de polvo.

El viaje, la visita al oasis y la gacela, habían consumido muchas horas, y el sol se acercaba rápidamente al ocaso, tiñendo de púrpura y nácar algunos ténues celajes que como velos de gasa se estendían por el horizonte.

—¿Qué hacemos?—preguntó Miss Débora con visible inquietud.

—Lo mejor, será retirarnos,—observó Meneses.

—Eso es; dejareis así á vuestro amigo, espuesto á perderse en el desierto.

—No hay otro medio,—dijo el maltés;—nuestros caballos están cansados, la noche se acerca, y lo más prudente será retirarnos al oasis, donde llegaremos al mismo tiempo que la caravana.

—¿Y Gomez?

—Gomez, cuando vea que anochece, renunciará á la gacela y volverá por donde ha venido.

—Eso sí sabe encontrar el camino.

—Si fuera solo podríamos abrigar ese temor, pero acompañándole su perra, debeis estar tranquila.

—Esta noche,—añadió Mister Cugnigan,—montaré en un camello y lo buscaré.

Mister Cugnigan hablaba pocas veces, pero cuando se decidía á hacerlo lo hacia bien.

Su idea, que fué aprobada por todos, tranquilizó á Miss Débora, decidiéndola á regresar al oasis, al cual llegaron algunas horas despues, teniendo el gusto de ver que la caravana les habia precedido.

Despues de un ejercicio tan violento como los europeos habian hecho aquel dia, Miss Débora no podia exigir de su padre que saliera inmediatamente en busca del jóven; así fué que, dominando su impaciencia, tuvo que esperar que acabaran de preparar la comida y que su padre la consumiera lentamente.

Pero Miss Débora no habia perdido el tiempo. Comprendia que su novio habria abandonado la caza al ver que la noche cerraba, y queriendo indicarle de un modo exacto la posicion que ocupaba el oasis, marchó hácia el extremo por el cual habia partido la malhadada gacela, y haciendo amontonar allí gran cantidad de maleza, encendió una gran hoguera que debia verse á muchas millas de distancia.

Más tranquila ya con estas precauciones se dirigió á la tienda y se sentó á la mesa donde acababan de servir la comida, probando en vano á tomar algun alimento.

Las más negras ideas bullian en su cerebro, y su corazon, oprimido de un modo extraño, le hacia presentir alguna terrible desgracia.

Los escorpiones, las serpientes cornudas, las panteras y leones que surcan el desierto tan pronto como las sombras de la noche tienden sobre él su negro manto; se representaban á su imaginacion como otros tantos peligros que cercan al imprudente cazador.

Y para alejar de sí tan tristes ideas, para calmar su inquietud, no habia nadie á su lado.

El maltés, reunido con los moros, examinaba el polvo que habian cojido; calculaba cuánto contenian los sacos, y como buen comerciante no se ocupaba en aquel momento mas que de su negocio.

Mister Cugnigan, siguiendo su inveterada costumbre, callaba como un muerto, comia como cuatro vivos y bebia como ocho.

Meneses mostraba ménos apetito, pero rivalizaba en mutismo con su compañero de mesa.

No se atrevia á hablar ni siquiera á Miss Débora; parecia preocupado, inquieto, temeroso, como si esperara un acontecimiento cercano y terrible.

De cuando en cuando se estremecía, palidecia densamente y deteniendo el bocado que iba á llevarse á los lábios, parecia escuchar con atencion.

Así pasó la comida que Miss Débora creyó interminable.

Mister Cugnigan acabó de tomar su café, llenó y encendió su pipa; consumió de un solo trago un gran vaso de ginebra, y levantándose de la mesa se dirigió hácia un camello que le habian preparado.

Con Mister Cugnigan iban dos moros y el maltés, quedando Meneses para acompañar á la jóven.

El maltés y uno de los moros montaron en un camello, mientras que el inglés y su compañero lo hacian en el otro.

Ya los camellos se habian levantado y marchaban perezosamente á través de los árboles seguidos por Miss Débora y Meneses, cuando brillaron algunos relámpagos entre los árboles, en cuyos troncos rebotaron varias balas.

En un instante, y mezcladas con las detonaciones de las espingardas, se oyeron gritos terribles, viéndose por todas partes una nube de ginetes que, surgiendo de entre las sombras, avanzaron sobre el oasis como una avalancha.

Aquello parecia una tromba de demonios que el averno vomitaba sobre la tierra.

Sus bronceados rostros, perdidos en la sombra, sus blancos jaiques, flotando en el aire como sudarios, el sordo galopar de los caballos, que avanzaban en la oscuridad, el resplandor de los fogonazos, sus salvajes gritos y el estampido de sus espingardas, todo daba á esta repentina invasion el carácter de un sueño fantástico.

Los moros que formaban parte de la caravana trataron de defenderse, pero todo fué en vano.

La lucha fué corta; estaban la mayor parte desarmados; y el enemigo, que los había sorprendido, parecía contar con grandes fuerzas.

Desde los primeros disparos, Mister Cugnigan se precipitó de su camello para proteger á su hija; pero como los camellos son tan altos, al llegar al suelo perdió el equilibrio, rodó por la yerba, y al querer levantarse, se encontró en poder de algunos beduinos que fácilmente dominaron sus esfuerzos.

Miró á su lado, pero no vió ni á su hija ni á Meneses: el combate había cesado por completo, y la caravana entera estaba en poder de los beduinos.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

### EL JURAMENTO CUMPLIDO.\*

#### POEMA.

#### IV

¡Cuánto tarda Gabriel! ¡ay cuánto tarda! á la verdad que no llegó la hora en que debe venir, más quien le adora ¡hace ya tanto tiempo que le aguarda!

—Ya soy feliz.

—¿De veras?

—¡No lo sabes?

por una bien risible niñería que hoy vinieras más pronto presentía: la luz del sol, las nubes y las aves todo de allí venía, del lado hácia el que vives tú tan lejos; y al advertirlo yo, ¡qué le detiene, me preguntaba, al que con ansia aguardo? si las nubes, las aves, los reflejos, todo viene hácia aquí, ¿por qué él no viene mientras yo, loca, en impaciencias ardo?

Hablar oía Gabriel á su adorada tendido el cuello, fija la mirada, entreabierta la boca, ansioso, mudo, en dulcísimo y puro arrobamiento, cual si de aquellos lábios encendidos cada eco blando, de ficción desnudo, viniera á encadenar su pensamiento y á acariciar á un tiempo sus sentidos; cual si de allí surgiese la respuesta para el oscuro enigma de la vida, para aquella pregunta nunca oída, á que nada contesta, y que el ser que la dice á cuanto existe va repitiendo por la senda triste.

—Mi bien, mi solo bien, Gabriel exclama, ¡si pudieras saber cuánto te quiero! ¡Cuánto alumbra esta llama

único sol del Universo entero y cuánto á su fulgor descubro y miro!

Del oprimido pecho de la amante escapóse tiernísimo suspiro, ondas del aire que el Edem guardara; y vagó de Gabriel sobre el semblante como el aroma de una flor y el fuego de un astro que, al pasar, le acariciara.

—Habla,—añadió Gabriel—yo te lo ruego; habla y repite que me quieres mucho, que vives por amarme, que habla tu corazón cuanto te escucho y que nada podrá de tí apartarme; háblame de tu bien, de tus antojos, de todo lo que sientas y en que creas; pero junta tu voz con tus latidos, alumbra mi conciencia con tus ojos, reemplaza con tus sueños mis ideas y haz sordos para el mundo mis oídos.

—Gabriel!!—ella le dijo;—mas de un modo, que en aquel nombre la existencia entera por la pasión voraz vibró abrasada. Yo sólo tengo amor, mi amor es todo; si eso pides, Gabriel, ¿quién más te diera? si no pides amor... no tengo nada.

Lucía y Gabriel callaron; aquel febril coloquio suspendieron; mas, ¡cuánto se dijeron despues que así callados se miraron!

Gabriel de pronto con el alma llena de aquella dicha que en su ser palpita, aún con lo cierto de la dicha agena quiere aumentar la propia ya infinita.

—¿Eres feliz?—pregunta,— ¿eres feliz de veras?—¿Tanto eres, que de cuanto en tí junta la esperanza del alma en sus ensueños, ningun otro bien quieres y, al par de este placer, otros placeres siempre has de hallar mezquinos y pequeños?

—¿Y lo dudas?—responde en el delirio de su intensa obresion la niña pura,— mi dicha con tu amor raya en locura, mi vida sin tu amor fuera un martirio; ¡pero qué atroz martirio, gloria mía!

—Nunca, nunca, Lucía, he de amargar tu dicha, ¡yo lo juro! Mientras vivas ¡escúchalo! tan puro, tan grande, siempre fijo, has de hallar este amor que me transforma.

—¡Júralo por la Cruz!

A este deseo Gabriel resistió un punto, y al fin dijo: —¡Lo juro por la cruz!... por la que forma tu figura gentil cuando te veo á mi encanto llegar y abrir los brazos que han de ser de este amor eternos lazos!

#### CANTO TERCERO.

#### I

No se lo preguntéis, porque lo ignora la niña encantadora que antes contaba mal el tiempo breve, pero que lo contaba al fin y al cabo, hoy no sabe decir ni el día en que vive.

No debe ser invierno pues no hay nieve; no debe ser otoño, porque esclavo de misterioso afán, ya se apercebe

(\*) Véanse los números 222 y 223.

á tejer muelle nido á sus hijuelos  
el pájaro que cruza por los cielos;  
no debe ser estío  
porque hay mucho capullo en los rosales  
y en la naciente flor mucho rocío,  
y hasta hay en los cristales,  
antes que el sol inunde el firmamento,  
algo como el aliento  
de séres que no dejan más señales.

Esto sabe quizá la niña bella;  
pero decir el tiempo que ha pasado  
desde la noche aquella,  
que fué aurora de amor acariciado,  
eso sí que lo ignora de contado,  
ó hasta afirma quizá que aun vive en ella.

Una noche! No tal; pasaron tantas!  
Gabriel recuerda que en aquellos días  
crujir bajo sus plantas  
había sentido el hielo del invierno;  
que después, á turbar sus alegrías,  
le trajo el tiempo en su rodar eterno  
la malhadada hora  
en que miró á su madre moribunda;  
que más tarde, otra fecha abrumadora,  
avivó otra memoria muy amarga;  
y sin negar el gozo que le inunda  
por lo que en el presente le enamora,  
de fijo que fingiéndola muy larga,  
en la opinion no abunda  
de que no trascurió la noche aquella,  
y hasta sabe que reza el calendario  
que está finando Abril y el tiempo es vário.

### II

Gabriel lo decidió y está dispuesto  
á no dejar ni un resto  
de una pasada historia;  
por eso vá quemando una por una  
tanta carta de amores importuna  
en pedir un recuerdo á su memoria.

"Gabriel, mi buen Gabriel, ó tuya ó muerta."  
¡Y no fué de él ni de la tumba!... ¡Infame!  
"Tú me abriste la puerta  
del Edém que soñé, Gabriel querido:  
deja que en él sin término te ame."

El la abriera, si tal, y tan abierta  
quedara aquella puerta, que el olvido  
la supo trasponer cuando le plugo!  
"Cállalo siempre, siempre, mi tesoro;  
tú, que pudieras ser hoy mi verdugo,  
sigue siendo mi amparo. ¡Cuál te adoro!

¡Y el que no fué verdugo fué ahorcado!  
Gabriel, lo quiere el hado;  
nadie puede mandar el sentimiento;  
tu presencia, Gabriel, prudente huyo  
para evitar tu encono,  
y te mando este adiós, que tanto siento.

Es claro! ayer te amé... todo fué tuyo;  
hoy no te quiero ya, pues... te abandono.

Gabriel, mirando arder carta tras carta  
con mezcla extraña de dolor é ira,  
piensa acaso entretanto, pues no aparta  
de la llama sus ojos entreabiertos,  
que es un gran combustible la mentira,  
capaz de sofocar hasta á los muertos.

¡Quememos más! se dijo, y desatando  
otro legajo del fatal proceso,  
de soslayo á las veces repasando  
lo que en tanto papel dejara impreso

el candor, la traicion ó la impudencia,  
vuelve á avivar del fuego la violencia.

Gabriel, te lo perdono, tú no quieres,  
tú no puedes querer que yo me muera;  
yo sé que tú me hieres  
en lo que vale más que el vivir mismo;  
pero ven otra vez, porque no puedo  
respirar en el fondo de este abismo  
y estoy sola, muy sola, y tengo miedo...

Ay! pobre Rosalía!  
hoy, ya libre de anhelos y temores,  
duerme allá lejos en la tierra fría  
donde hay un ciprés negro y blancas flores!

"Esta noche á las doce; no te olvides;  
él está ausente, ¿sabes? yo te esperó."

¡Oh miserables lides  
en que lucha el apuesto caballero,  
(qué así le llama el mundo y él se nombra)  
como lucha el ladrón, siempre en la sombra!

"Gabriel, yo te lo juro, eres un niño  
que pone sus antojos en la luna:  
el cariño... el cariño

das más vueltas, Gabriel, que la fortuna  
y, como la mujer, sigue las modas,  
no soy sola, Gabriel, así son todas."

¡Quién lo puede saber como esa Amparo  
que del sexo es al fin y habla tan claro?

El fuego se apagó.—Gabriel vacila  
como el roble gentil que el viento azota,  
y en el hondo sillón rendido cae;  
y sintiendo tal vez que á su pupila  
viene de llanto emponzoñada gota,  
con las crispadas manos que contrae  
de tantas emociones la rudeza,  
cúbrese el rostro y dobla la cabeza.

Al alzarla otra vez, clava sus ojos  
en la ceniza oscura,  
y admira que á tan míseros despojos  
se redujera presto embuste tanto;  
después, con la mirada en que fulgura  
un siniestro destello,

los libros vé que del pasado llanto  
huellas deben guardar, y riendo exclama;  
—¡Qué bien debe también arder aquello!

Pero el vértigo cede y pasa pronto;  
Gabriel piensa en que ama,  
en que nada al presente amargo ocurre  
y en que es así muy tonto  
prestar odiada vida á lo que ha muerto.

Gabriel discurre bien, aunque discurre,  
y discurre así roza en lo cierto.  
¿Acaso él no sabía  
ya desde muy antiguo  
que hay mujeres pérfidas y hasta viles?

Más ¿acaso en Lucía  
acertó á descubrir el más exíguo  
vestigio de falsía?  
¿No cubren de su vida los Abriles  
flores que esparcen oloroso incienso  
de la inocencia ante las limpias aras,  
que alumbra el sol del firmamento inmenso?  
¿Ni qué culpa le cabe  
de que nunca Gabriel contemple claras  
las cosas que le turban á menudo?

¿Qué culpa tiene el avaro  
de que se vuelva fúnebre y ceñudo  
el antes puro y plácido horizonte  
para que luego la tormenta afronte?

De aquella impertinente pesadilla  
fuerza es borrar los últimos celajes;

Gabriel verá á su amada,  
verá la luz que en su semblante brilla,  
le pedirá perdón por los ultrajes  
de la lágrima aquella emponzoñada;  
y al fin, no quedará de todo — nada.

Luciano le espera á aquella hora  
en que Gabriel vá ansioso de sosiego,  
de alegría y de luz, de cuanto amansa  
las borrascas del alma soñadora;  
vela de su pupila el casto fuego  
el sonrosado párpado y descansa  
más hermosa que nunca en su abandono,  
sobre el ancho diván desde el que un día,  
como reina que ocupó egregio trono,  
vió á sus piés suplicante  
al que el alma y la vida le ofrecía.

Contemplóla Gabriel con embeleso,  
que no ofusca los ojos del amante  
para lograrlo brillador exceso;  
y, mirando despues al ancho espacio  
y al contiguo jardín, dice en voz baja,  
— ¡cómo pesa hoy el cielo! Triste y lácio

no estremece el follaje brisa alguna;  
solo el insecto sin cesar trabaja  
en invisible tela  
que nuestro rostro á veces importuna;  
un ave allí que fatigada vuela  
su nido busca en las hojosas cañas,  
y tal vez el reptil sale cobarde  
á buscar un consuelo  
que la tierra le niega en sus entrañas  
esta sombría bochornosa tarde  
en que es muerte la tierra y plomo el cielo...!

Gabriel se explica bien á su manera  
que en tarde así de asfixiadora calma  
la niña, acaso sin querer, durmiera;  
aunque solo pensar Gabriel debiera  
que, cerrando los ojos, con el alma  
y en la region donde el ensueño vaga,  
mirando está lo que su amor halaga.

Por ser esto verdad, Gabriel advierte  
que sobre aquellos lábios purpurinos  
su dulce néctar la sonrisa vierte;  
el cuerpo toca el suelo  
mas los sueños del cielo están vecinos,  
y no es la tierra muerte  
para el ángel aquél, ni plomo el cielo.

No te despertaré, Gabriel le dice  
en voz queda, muy queda;  
yo recuerdo otros sueños que deshice  
y si el tuyo es feliz, no es bien que ceda  
al insano clamor de mi egoismo...

yo te vengo á buscar porque aquí dentro  
vuelve á hacerse muy hondo un hondo abismo  
que un punto se cerró, cuando al encuentro  
salió de mi existencia tu existencia;  
tú, mi bien, no lo sabes, tú no viste  
las inmensas oscuras soledades  
que lleva tu Gabriel en la conciencia;  
á través de mi frente, tú no oíste  
las roncadas tempestades...

Si tú, mi bien, supieras  
que busco como el naufrago un asilo...  
¡entonces no durmieras  
ó no fuera tu sueño tan tranquilo!  
hablar... ¡torpeza!... enmudecer... ¡mentira!  
huir... puede ser; pero si al fin me atrevo,

tu luz de sueños realidad de lodo  
se ha de volver, ¡y sentirás la ira!  
el desencanto, el abandono, todo!...

Gabriel miró otra vez hácia el vacío  
y vió mezarse en él la luz ya escasa;  
los ojos con desvío  
de allí apartó, y hácia el jardín mirando  
aun vió las alas de ligera gasa  
agitar el insecto murmurando;  
más el hondo silencio al fin rasgando,  
salió de la espesura  
una canción á que otra contestaba:  
¡ningun ave volaba  
y dos aves cantaban su ventura!

— ¡Qué hermosa está! — mirándola de nuevo  
pensó Gabriel sin despegar los labios —  
¡qué hermosa está la que tranquila duerme!  
Jamás la tentación tuvo tal cebo  
para inferir á la inocencia agravios:  
bella, sola é inerme!

¡y habrá algun hombre que en sus fuerzas fie  
viendo á la luz de ocaso  
á una mujer que acaso  
placeres sueña y al placer sonríe?  
diáfano y limpio vaso  
el licor de la vida en él rebosa:  
por eso late aprisa  
su virgen seno y vierte la sonrisa  
por esos bordes de purpúrea rosa...

Sed que nunca apagué, ¿por qué no llamas?  
lábio seco y febril ¿por qué no bebes?  
Si tanto, corazón, queman tus llamas,  
¿por qué pueril temor hoy no te atreves  
á encender en tu fuego lo que amas?...

Gabriel ya no pensó... juntos se vieron  
el amor y el instinto, hombre y amante,  
pero en el mismo instante

del dulce sueño al misterioso impulso  
los brazos de aquél ángel se extendieron...

— ¡La Cruz! — Gabriel convulso  
exclamó, con voz ronca y ahogada;  
y fija en ella siempre la mirada  
Gabriel retrocedía

hasta un rincón oscuro,  
y allí con sordo acento repetía:

"Nunca, nunca, Lucía,  
"he de amargar tu dicha, yo lo juro:  
"este amor sin igual que me transforma  
"le verás mientras vivas grande y puro;  
"lo juro por la cruz... es tu deseo,  
"por esa cruz que forma  
"tu figura gentil, cuando te veo  
"á mi encuentro llegar y abrir los brazos  
"qué han de ser de este amor eternos lazos."

IV  
En vano un día la esperanza puebla  
de fantasmas la vida, si al fin halla  
roca y veneno en donde arraiga y crece.

De aquél rincón lejano, la tiniebla  
es negra nube en cuyo seno estalla  
la tempestad que choca y se enfurece.

Nunca amargar su dicha, Gabriel jura  
á aquella niña pura,  
y ó miente ó la abandona á su tormento  
ó es fuerza que al fin sepa que al sediento  
no le basta una gota de rocío!  
¡Jura que nunca con fatal desvío  
ha de romper el encantado prisma

que ante su vista puso,  
y en su presencia misma,  
ó dormida ó despierta,  
confesará el iluso  
que veo oscuro el espacio en que se abisma  
el que á un tiempo la tierra encuentra muerta!  
¡júrale un puro amor, por siempre oculto  
del corazon en el sagrado albergue,  
y ya la tentacion fué torpe insulto  
de miserable instinto, que se yergue  
sobre tanta hacinada estéril ruina  
del roto altar de la ilusion divina!...

¡Juramento menguado! empresa vana!  
la que dichosa es hoy, será mañana  
y heces de hiel en la dorada copa;  
la que de la virtud nevada viste  
ciñe á su sér, de inmundo sacrificio  
vestirá en pos la desgarrada hoga  
con que cubre á sus víctimas el vicio!...

¡Callad!—Gabriel avanza  
hacia el lugar en que la luz dudosa  
al ángel besa que sonríe dormido,  
brilla en Gabriel un iris de esperanza,  
ó algo de luz de inspiracion radiosa  
que circunda la sien del que ha vencido  
tras de lucha empeñada y angustiosa.

—Mientras vivas, te dije, gloria mia  
serás pura y feliz; pues bien, Lucía,  
hé aquí que cumplo mi fatal promesa.

Y mientras que aquel hombre  
un pensamiento misterioso espresa,  
blande puñal agudo  
que dá centella breve,  
y con mano segura, y golpe rudo  
le hunde en el seno de apretada nieve...

#### EPILOGO.

Pasó la noche, despuntó la aurora,  
el espacio infinito  
bañóse en luz, las verdes enramadas  
estremeció al volar ave canora;  
¡y en el lugar maldito  
contemplaban las gentes aterradas  
la locura y la muerte entrelazadas!

FÉLIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

Oviedo, Abril de 1878.

### MISCELÁNEA.

El juguete cómico titulado *Las penas del purgatorio*, de los Sres. Campo Arana y Fuentes, estrenado últimamente en el teatro de Apolo, ha obtenido muy buen éxito.

Escrito con soltura, abundando en situaciones cómicas de escelente efecto, fácil el diálogo, y bien movida la trama, el público escuchó con agrado y aplaudió al final del primer acto, llamando á los autores con insistencia en el acto segundo y al final de la obra, no presentándose nada más que el Sr. Campo Arana por no encontrarse en el teatro el Sr. Fuentes. La ejecucion fué esmerada por parte de las señoras Tubau y Zapatero y la señorita Calderon, así como por los Sres. Morales, Castilla, Guerra y Sanchez de Leon. La obra dará buenas entradas á la empresa, pues tiene condi-

oiones sobradas para atraer algun tiempo numerosa concurrencia.

En el teatro del Príncipe Alfonso siguen con actividad los ensayos de la revista europea, nueva de grande espectáculo *El Diablo Cojuelo*, y mientras se verifica su estreno han vuelto á ponerse en escena en este afortunado teatro en la última semana las zarzuelas bufas *Francifredo duca de Venecia*, *Los estanqueros aéreos*, y *Pepe-Hillo*; en las que son siempre muy aplaudidas las Sras. Raguer y Sarló, y los Sres. Arderius y Orejon, y en la segunda especialmente el Sr. Rosell.

La inauguracion de los Jardines del Buen-Retiro tuvo lugar el sábado último con las zarzuelas *Entre mi mujer y el negro*, y *Café teatro y restaurant cantante*, y un baile español. Todos los artistas que tomaron parte en esta funcion, como en la zarzuela *El Marqués de Caravaca*, hace tiempo no representada fueron muy aplaudidos por la numerosa y distinguida concurrencia que acude diariamente á estos amenos jardines.

Hoy sábado harán su *debut* los célebres artistas americanos Mason y Ditans, contratados en Paris por la empresa de dichos jardines, y de los que tantos elogios hace la prensa extranjera.

Los artistas Sres. Lafoulen y Leonce, cuyo debut se verificó en esta semana en el favorecido Circo de Price, han sido muy aplaudidos por el público, y llamados todas las noches varias veces. El primero de dichos artistas hace en el trapecio unos ejercicios arriesgadissimos, y el segundo es un equilibrista comparable, si no superior, á la célebre familia Albini.

Tambien son muy aplaudidos todas las noches los demás artistas de la compañía, y especialmente la simpática familia Chiesi, la Srta. Adelina, Tony Grice y Mr. Grant.

A la mayor brevedad se verificará el debut del reputado artista Mr. Harry Vaghan, procedente del Circo de Viena.

Como se vé, el actual director del Circo de Price, Sr. Parish, no perdona sacrificio alguno por agradar al público madrileño; y éste, por su parte, los recompensa llenando diariamente todas las localidades, y aplaudiendo todos los ejercicios de su diversion favorita de verano.

### BIBLIOGRAFIA.

*El primer año de un reinado* (Crónica de la guerra) por D. Agustin Fernando de la Serna, comandante graduado capitán de infantería. —Obra dedicada á la Serma Sra. Princesa de Asturias, y que contiene la historia descriptiva de las operaciones por los ejércitos del Centro, de Cataluña y del Norte, durante la última guerra civil. —Un tomo en 8.º de 469 páginas. —Madrid 1878. —Véndese en las principales librerías al precio de 16 reales en Madrid, y 18 en provincias.